

FBI



LEO MASON

LA

**amenaza
latente**



LEO MASON

La amenaza latente

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

© Leo Mason
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Depósito Legal: M. 3.948-1969.

Printed in Spain.

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

Últimas obras de LEO MASON publicadas en nuestras colecciones:

Colección SELECCIONES DEL F.B.I.:

- Núm. 84.—Fuga diabólica.
- » 215.—Nadie escapa a su delito.

Colección EXTRA-OESTE:

- Núm. 640.—¡A dentelladas!
- » 655.—Su mejor hazaña.
- » 679.—La revancha.
- » 684.—Persecución implacable.
- » 704.—Los ambiciosos.

Colección GANGSTERS:

- Núm. 124.—En el último minuto.
- » 141.—Aspirando a cadáver.
- » 178.—A zarpazo limpio.

Colección RURALES DE TEXAS:

- Núm. 20.—Plomo justiciero.

Colección F.B.I.:

- Núm. 421.—La prueba de convicción.
- » 515.—Después de la libertad.
- » 539.—La muerte extiende sus alas.
- » 627.—Reguero de sangre.

I

EL hombre parecía como desasosegado. Daba la impresión de que un misterioso duendecillo hurgaba y hurgaba en su interior, solazándose en picotearle las células nerviosas.

Su nariz, larga y saliente, parecía olfatear un peligro invisible armándose sobre su cabeza.

Se llamó estúpido, imbécil y otras lindezas por el estilo. ¿Quién le había visto entrar en la embajada americana, quién? ¡Nadie! Así, categóricamente, nadie.

Tomó sus precauciones para ello. Las exigió él, y Daw Ripley, el embajador, las aceptó sin rechistar.

Fumó aprisa, con ansia, como si quisiese encontrar un poco de calor, de energía, en el opio del tabaco.

Y volvió a calificarse de estúpido por su desazón, por su evidente nerviosismo.

¿No salió todo conforme a lo acordado con el embajador por teléfono? ¿Por qué entonces la crispación de sus manos, aquel raro encogimiento de su epigastrio, las curiosas vibraciones que sentía en la espina dorsal y el súbito resecamiento de la garganta?

Sí, ¿por qué?

No supo contestarse. A veces, las respuestas más sencillas se estancan misteriosamente en un compartimento del cerebro y se niegan a salir.

Paseó la mirada por el antedespacho del embajador, intentando de esta forma evadirse de su torturante, invisible agobio.

La habitación, amplia y sobria pero lujosamente amueblada, con alfombra de nudo y cortinas de terciopelo color conoto, pareció relajar un tanto su nerviosismo.

Clavó la mirada, como hipnotizado, en la puertecilla disimulada

junto a la pequeña biblioteca. Fue por ella por la que Floyd West, el primer secretario de la embajada, le hiciera entrar.

La pared, empapelada, disimulaba maravillosamente la existencia de aquella puerta.

Volvió a succionar del cigarrillo, más calmado ahora. Y rememoró lo sucedido quince minutos antes de llegar a la embajada.

Estuvo esperando el negro «Packard» de la embajada en la Kilrass Str., a espalda del Instituto Municipal de Ciegos. Se escondió en el hueco de un portalón de una casa en ruinas. Desde allí vio llegar el coche de la embajada. Iba casi al ralenti, pegado al bordillo de la acera. Salió entonces del hueco y la portezuela del vehículo se abrió en silencio al tiempo de pararse el coche a la altura del portalón.

No mediaron palabras. Él se acomodó en la parte posterior del coche y éste arrancó suavemente, para acelerar minutos después la marcha. El trayecto se hizo en el mayor silencio.

Luego, la llegada a la embajada.

La verja del jardín se abrió silenciosamente por medio de un botón eléctrico pulsado por el propio embajador desde su despacho, y el coche rodó silenciosamente por el sendero de gravilla hasta el garaje, cuyo cierre metálico estaba levantado.

El cierre volvió a resbalar suavemente por sus engrasados goznes cuando el «Packard» penetró en el amplio, silencioso garaje.

Advirtió que se hallaban en la embajada al oír la voz mesurada y quieta del primer secretario al tiempo de abrirle la portezuela:

—¡Por aquí, señor!

Sólo entonces se fijó en Floyd West.

Era un hombre alto, enjuto, de facciones correctas y agradables, de ojos azules, mentón prominente, boca grande y cabellos trigueños cuidadosamente peinados. Vestía con distinción. A lo sumo contaría treinta y cinco años.

Floyd West le llamó señor, y esto le agradó. Significaba, lisa y llanamente, que el embajador le había ocultado su nombre, como convinieron.

¡Así daba gusto trabajar!

Siguió en silencio al secretario. Vio cómo se detenía junto a un lavabo de roca adosado en un rincón del garaje, mas no alcanzó a

observar el extraño manipuleo que Floyd West ejecutó en uno de los grifos.

De improviso se corrió un rectángulo de la pared y ante sus ojos apareció la caja metálica de un ascensor.

—Suba, por favor.

Y aquello fue todo.

Durante la silenciosa ascensión hasta el antedespacho, el secretario pareció seguir ignorando su presencia. Ernest Fronding tuvo la sospecha de que ni siquiera se había fijado en él. Floyd West se limitó a encender un cigarrillo y a fumar, como abstraído en sus pensamientos.

Fronding llegó a pensar que tener un empleado como aquel tipo debía ser estupendo. Ni una palabra de más. Ni una sonrisa. Ni una insinuación. Un robot no lo hubiera hecho mejor.

—Hemos llegado, señor —matizó con voz átona el primer secretario, pulsando un botón de la caja metálica conectado a la puerta secreta.

Eso fue todo lo que sucedió desde que subiera al «Packard» en la solitaria Kilrass Str.

Eso y el hallarse ahora en aquel sobrio, severo antedespacho, carcomido por una misteriosa desazón.

Sólo habían transcurrido escasos segundos desde que Floyd West le dijera con voz pastosa:

—Pasaré aviso al señor embajador de su llegada. En seguida, le recibiré, señor.

¿Pero fueron segundos, minutos u horas?

A él le pareció esto último.

Y, sin embargo, fueron minutos.

—Tenga la bondad, señor.

La voz perfectamente controlada de Floyd West le hizo respingar en el sofá. Comprendió que su reacción era de lo más ridícula, mas no pudo evitar el sobresalto que le produjo el silencioso regreso del primer secretario. ¿Cuándo aprendería a dominar sus reacciones? ¡Ni que fuera un novato en aquella clase de asuntos!

Floyd West se hizo a un lado en la entornada puerta, inclinó la cabeza levemente a su paso y se alejó con su silencioso andar de gato hacia la puerta opuesta, la que comunicaba con las otras dependencias de la embajada, por la que desapareció.

El hombre que se hallaba sentado detrás de la lujosa mesa de caoba se levantó de su sillón giratorio al quedar su visitante enmarcado bajo el dintel.

Poseía una buena estatura, aunque lo parecía más por su delgadez. Tenía el rostro tan seco que parecía como si tuviese la piel ajustada al armazón de los huesos.

Sus ojos, penetrantes como el ágata, eran pequeños, grises y vivos. Los oscuros cabellos, cubiertos por cientos de hebras blancas, le conferían un aire austero.

Contempló en silencio a Ernest Fronding y le señaló con un gesto la butaca adosada junto a su mesa.

—Puede sentarse.

Y tras estas dos sílabas se estableció un corto, prensado silencio.

Ernest Fronding, de súbito, perdió su anterior enervamiento. Una extraña corriente empezó a circular por sus venas. Incluso se permitió esbozar una media sonrisa al encararse al silencioso diplomático, que le miraba entre curioso y expectante.

—Le felicito, señor Ripley, por sus medios de seguridad... y por la eficiencia de su empleado. Por un momento creí que viajaba junto a una momia egipcia.

—Usted me indicó la máxima discreción, recuérdelo —matizó el embajador quietamente—. Y yo he respetado su deseo. Ni siquiera mi primer secretario conoce su identidad, ni, por supuesto, el motivo de su entrevista conmigo.

Se silenció unos segundos y empujó hacia su visitante la repujada caja de cigarros habanos.

—Sírvase, señor Fronding.

Al advertir un destello de inquietud en las oscuras pupilas de su visitante esbozó una apagada sonrisa:

—¡Oh, no se preocupe! No existen oídos mágicos en este despacho. En cuanto a mi primer secretario, ha vuelto a su despacho. Es la discreción personificada, ya ha podido comprobarlo.

Para disipar todo recelo en su interlocutor, bajó la palanca del interfono, inclinándose levemente sobre el aparato.

—West, por favor.

—Diga, señor.

—Tenga preparada la firma para dentro de media hora.

—Correcto, señor.

Cerró el embajador el interfono sin que la media sonrisa cayera de sus delgados labios.

—¿Convencido, señor Fronding?

Ernest Fronding estaba convencido, desde luego. Reconoció en seguida la voz pastosa, bien controlada, de Floyd West. Y volvió a reprocharse de suspicaz, preguntándose por qué había de desconfiar cuando aún no había expuesto el fondo del asunto que le llevara a aquel despacho.

Se lo esbozó tan sólo al embajador cuando le llamara el día anterior por teléfono, mencionándole tan sólo un nombre: Karl Ludlow. Y cuando el embajador le preguntara si se refería al científico, repuso, seco:

—Al mismo, señor Ripley.

Y eso fue todo.

Es decir, aquello fue solo el principio, ya que a continuación le expuso al diplomático su deseo de entrevistarse urgentemente con él y en el mayor secreto.

El ligero carraspeo que produjera el diplomático hizo que Ernest Fronding diera un papirotazo a los recuerdos para enfrentarse al momento presente.

—Bien, señor Fronding, yo he cumplido mi cometido —observó Daw Ripley encendiendo calmamente un cigarrillo—. ¿Qué oferta es la que tiene que hacerme con respecto al científico Karl Ludlow?

Aplastó la colilla en el cenicero y, a continuación, las palabras brotaron de sus labios con la misma impetuosidad que las aguas cuando se escapan por las abiertas compuertas de un dique:

—Estoy comisionado por el propio profesor Ludlow para negociar su fuga de Rusia a cambio de ser repatriado a su país, donde adquiriría la nacionalidad norteamericana. A cambio de ello, el profesor entregaría a su país su invento, de vital importancia relativo a la energía nuclear. Y creo innecesario recordarle que Karl Ludlow perteneció al equipo de Von Braun, como adjunto suyo.

Como si el soltar aquel chorro de palabras le hubiese descargado de un gran peso que le oprimiese el pecho impidiéndole respirar, se echó hacia atrás en su sillón y se quedó contemplando al embajador con cierta expresión rígida y los labios ligeramente resecos.

Los ojillos vivos, inquisitivos de Daw Ripley, contemplaron detenidamente a Ernest Fronding, el cual, por más que lo intentara,

no pudo discernir qué se ocultaba debajo de la amplia, despejada frente del diplomático.

El rostro del embajador parecía tallado en granito. Ninguno de sus músculos faciales se alteró al oír la sorprendente proposición de su visitante, dando la impresión de que la noticia había resbalado por su epidermis sin dejar huella alguna.

—Supongo que el profesor basará su proposición en algo más que en sus palabras y promesas para que consideremos detenidamente su oferta.

Asintió Fronding con un ligero cabezazo. Luego se arrancó uno de los botones de la camisa y lo tendió al embajador con una sonrisa.

—Dentro encontrarán un microfilm con la mitad del invento. Creo que les será suficiente para aquilatar el valor del invento de mi compatriota.

Durante unos segundos estuvo el diplomático jugueteando con el botón en la palma de la mano. Era oscuro y parecía de pasta. Levantó de súbito la nivea cabeza para mirar interrogadoramente a su visitante.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Fronding?

—Inténtelo —sonrió el aludido.

—¿Es usted pariente del profesor Ludlow?

Movió Fronding negativamente la cabeza. Luego:

—Le conozco de cuando la guerra —puntualizó—. Un cuñado mío fue ayudante suyo durante unos años. Mi cuñado murió en la guerra. Era muy amigo del profesor.

Hizo una pausa para encender un nuevo cigarrillo, y encaró seguidamente al diplomático, sin rehuirle la mirada:

—Estará preguntándose mi participación en este asunto, seguro.

—Seguro, señor Fronding —aseveró el embajador lacónico.

—Sor los mismos que los del profesor, señor Ripley... a más de una pequeña ayuda económica para poder establecerme en su país. Tengo esposa y dos pequeños. ¿Cree usted que pido demasiado, señor?

—Yo no soy el más indicado para valorar sus servicios, señor Fronding. Me limitaré a exponeros a mi Gobierno, y él decidirá.

Se estableció un corto silencio. En el rostro de Fronding se pintó de súbito una cierta rigidez. Ripley lo advirtió.

—¿Algún contratiempo, señor Fronding? —inquirió, cauto.

—¿Contratiempo? ¡Oh, no, señor Ripley! Sólo que...

Dio la impresión de que una extraña y enorme bola acababa de atravesársele en el diafragma impidiéndole expulsar las siguientes palabras.

El hombre de mundo que era Daw Ripley se puso de manifiesto en aquel momento. Se levantó, fue a la pequeña biblioteca, abrió uno de los cajones, extrajo de él una botella de *whisky* y una copa, promedió ésta de licor y se la alargó a Fronding.

—Dicen que esto ayuda en muchas ocasiones a vencer ciertas situaciones. ¿Por qué no prueba?

Fronding probó. Bebió un sorbo y aquello pareció tranquilizarle. Hasta sonrió cuando le devolviera la copa al diplomático.

—Me parece que no he estado muy correcto, señor Ripley.

Extrajo de la cartera un carnet con su fotografía y lo entregó al embajador, que le lanzó una rápida mirada, devolviéndoselo.

—Como habrá comprobado, soy teniente de los Vopos, Esto le explicará muchas cosas sin necesidad de largas explicaciones. Hace unas semanas visité gran parte de Rusia formando parte de una comisión de mi Departamento. Íbamos en viaje de estudios. Encontré accidentalmente al profesor Ludlow en un centro de investigación nuclear. Simulamos no conocernos. Después pude ponerme en contacto con él... Y el resto queda condensado en ese microfilm que me entregó para que su Gobierno comprobase la importancia de un invento.

—Correcto, señor Fronding. Remitiré hoy mismo el microfilm a mi Gobierno. ¿Cómo he de avisarle de la respuesta?

Fronding demostró ser hombre precavido. Sacó del bolsillo una nota mecanografiada y se la alargó al embajador.

—Ahí tiene anotado la forma de ponerse en comunicación conmigo, bien entendido que acudiré a su llamada un día después que la haga. He de buscar un pretexto oficial para pasar a esta zona, y eso tiene sus trámites.

—Entendido, será como usted indica. ¿Alguna otra sugerencia?

Denegó Fronding con la cabeza y se puso en pie acto seguido.

Ripley volvió a abrir el interfono.

—¡Floyd!

—Diga, señor.

—Tráigame la firma, por favor.

Minutos después aparecía el hierático e impasible secretario con un portafolios debajo del brazo. Ni siquiera miró a Ernest Fronding, que parecía interesado contemplando un cuadro de Rubens.

—Floyd, acompañe al señor donde le indique con la máxima discreción. Es un buen amigo.

II

MUCHOS decían de Bud Thaxton que era el doble de James Cagney. Y otros, rizando el rizo, aseguraban que el actor cinematográfico era el sosias del agente especial del F. B. I.

Eran puntos de apreciación, claro está.

Bud Thaxton conocía Berlín palmo a palmo. Estuvo dos años como corresponsal del «New York Times», en 1960. Al ser reemplazado decidió dejar el periodismo. Hizo los cursillos correspondientes en Quántico y aprobó con uno de los primeros números de su promoción.

Fue precisamente Bud Thaxton el elegido para ocuparse de aquel asunto. Y Bud Thaxton se desplazó a Berlín en el mayor secreto.

El encuentro entre el agente especial y el embajador Daw Ripley tuvo lugar al día siguiente de la llegada del joven. El marco preparado para ello fue la inauguración de pintura de un acuarelista neoyorquino que exhibía sus lienzos en el Berlín occidental.

Se saludaron como dos amigos que se vieran casi a diario. Ripley hizo un brevísimo aparte con Thaxton mientras simulaban admirar un lienzo.

—Memorice las señas donde esta noche ha de verse con Fronding.

Le dio las señas del hotel y agregó, como colofón:

—Supongo que le mostrarían la fotografía que envié de ese hombre cuando acudió a mi despacho.

Thaxton asintió con un movimiento de cabeza. El diplomático apostilló:

—Fronding está advertido ya de su visita. Me llamó esta mañana. Búsquese una chica cuando acuda a la pensión, pero

procure que no advierta ni escuche nada. Eso, clara, correrá de su cuenta.

—¿Sólo usted y yo estamos enterados de este asunto?

—Y nuestro Gobierno, joven —ironizó el diplomático, sonriendo.

Tendió la mano al federado al ver que se acercaba un matrimonio y el acuarelista.

—Suerte, Thaxton. Espero sus noticias con impaciencia. Utilice el número de mi teléfono privado, con la clave convenida.

—Así lo haré, señor.

Minutos después, Bud Thaxton abandonaba la «expo» sin que se apercibiesen de su marcha. Estuvo deambulando por la capital, visitando los locales que le traían recuerdos agridulces y después mató en un teatro de variedades las dos horas que le restaban para entrevistarse con Ernest Fronding.

Llevaba órdenes concretas del Departamento de Defensa. El Pentágono había examinado a fondo el microfilm del profesor Ludlow, y encontraron tan valioso y trascendental el invento del científico alemán, que determinaron negociar «ipso-facto» con el propio Frank Ludlow la operación.

Thaxton tenía noticias de que el propio Van Braun se interesó por su antiguo colega y por el invento de éste, siendo el informe del renombrado Von Braun lo que determinó al Gobierno a enviarle urgentemente a Berlín con órdenes concretas.

Al salir Thaxton del teatro, penetró en un tugurio a tomar una copa. Varias furcias de rostros ajados y viciosos le miraron a través de sus pestañas cargadas de rímel. Se hallaban sentadas en distintos veladores.

Aunque le daba igual una que otra, hizo como que las evaluaba críticamente, y al fin se decidió por una rubia sofisticada que mostraba generosamente un busto a lo «Lollo». Le hizo un gesto con la mano al tiempo que ocupaba un taburete en la barra.

La mujer se levantó con una cínica sonrisa y avanzó hacia el joven con un balanceo provocativo de caderas.

Se entendieron pronto. El alemán que hablaba Thaxton era tan perfecto que la pelandusca no advirtió su procedencia yanqui.

Thaxton, como primera providencia, abrió el bolso de la joven y metió en él un rollo de marcos. Ella le miró, sorprendida.

—Para que renueves el vestuario, preciosa.

—Gra... gracias —tartamudeó, guardando el dinero en el bolso.

La emoción había puesto argollas invisibles en su garganta. Para recobrar su natural equilibrio, cogió el vaso de *whisky* del federal y casi lo vació de un trago.

—Es para reponerme de la impresión —apostilló, sonriendo—. Hacía mucho tiempo que no veía tanto dinero junto.

Lo envolvió en una cálida, prometedora mirada. —Tú dirás, rico —ronroneó, lagotera.

Thaxton salió del bistro llevando a la ramera pegada como una lapa. Detuvo un taxi y le dio la dirección de la pensión donde le esperaba Ernest Fronding.

—¿Por qué no vamos a mi piso? —propuso ella.

—Mañana, si te parece. ¿Cómo te llamas, encanto?

—Helga. ¿Eres de aquí?

—De Frankfurt. Estoy de paso. Negocios, ¿comprendes? —Y le pellizcó la barbilla.

Sabía ya que el teniente de los Vopos ocupaba la habitación número quince y que Ernest Fronding había reservado la contigua para él.

El recepcionista debía estar alertado al respecto, porque le entregó la llave sin poner objeción. Thaxton le gratificó espléndidamente y la rubia volvió a abrir los ojos como platos.

—Oye, ¿has heredado a alguien?

—He ganado una fortuna jugando a la Bolsa —rió el federal acariciándole la nuca.

La habitación era tan modesta como el inmueble, aunque bastante limpia.

—Ponte cómoda, encanto, mientras yo voy a los servicios.

Sin esperar respuesta a la joven la dejó en la habitación y salió al pasillo. Eran las diez de la noche.

Justo en aquel momento se abrió la puerta de la habitación número quince, enmarcándose en su umbral la alta, rubia silueta de Ernest Fronding.

Thaxton llevaba en la mano el encendedor de plata, jugando con él entre los dedos. Era la contraseña convenida para que Fronding le reconociera.

El corto pasillo aparecía solitario. Fronding hizo un gesto a

federal y éste entró en la habitación sin apenas producir ruido.

Sobre el amplio lecho yacía una joven rubia con tipo de «walkyria». La minifalda, por efecto de su forzada postura, mostraba más de lo conveniente sus piernas.

Thaxton miró inquisitivamente al alemán. Éste sonrió.

—No hay cuidado —susurró—. Ni las trompetas de Jericó serían capaces de despertarla. Me parece que me he excedido en la dosis del narcótico. La conocí hace unas horas, en un cafetucho. Convenía que me vieran con una mujer. Siempre lo hago cuando cruzo el muro.

Sobre la mesilla de noche había una botella de coñac y dos vasos. Y tiradas de cualquier forma en el sofá, las ropas de la meretriz.

Fronding, al observar la mirada escrutadora que lanzaba el federal a la habitación, murmuró, nervioso:

—No hay cuidado; el dueño de la pensión es muy amigo mío. Por eso he elegido este lugar para la entrevista y le indiqué al señor Ripley que viniese acompañado, así pasaría más inadvertido. Mis superiores saben que siempre me hospedo aquí, y hacerlo hoy en otro lugar se hubiese prestado a suspicacias. Allí se hila muy delgado, créame.

En vez de contestarle, Thaxton se acercó a la bella durmiente y la zarandeó de forma ruda. Fue lo mismo que mover un marmolillo. Cogió entonces una sábana y veló púdicamente el desnudo femenino.

Fronding encaró al federal con visible nerviosismo.

—Bien, ¿qué noticias debo transmitir al profesor? Ya saben que pasado mañana marchó de nuevo a Moscú escoltando a uno de nuestros ministros.

La voz del alemán temblaba ligeramente al hacer la pregunta. Tenía crispadas las manos sobre el sillón y la faz ligeramente desencajada.

—¿Por qué no se serena, señor Fronding? —apuntó Thaxton suavemente—. Las noticias que le traigo son muy interesantes. En primer lugar...

La voz del agente federal se quebró, de súbito. Y no por voluntad de él.

La tremenda, horrisona explosión que se produjo en aquel

instante dentro de la habitación no sólo cortó la voz de Bud Thaxton, sino la vida de éste.

Su cuerpo, como el de Ernest Fronding y el de la «walkyria» rubia, volaron por los aires por efecto de la onda, explosiva. Incluso el edificio pareció conmoverse en sus cimientos.

Cuando minutos después acudiera la Policía y las ambulancias sanitarias, encontraron un cuadro dantesco. Los miembros del federal, los del teniente y el de la meretriz aparecían revueltos entre cascotes y muebles destrozados.

La escena, de pesadilla, puso argollas de angustia en las gargantas.

Por el pasillo vieron correr como a una loca a una joven rubia algo ligera de ropa.

Uno de los guardias pudo atraparla, entregándola a los sanitarios, que se vieron y desearon para retenerla entre sus brazos.

—Llevala al hospital —ordenó el policía—. Esta pobre sufre un «*shock*» nervioso del que tardará varias horas en curarse.

La rubia, con ojos estrábicos, repetía con voz histérica que se llamaba Helga, que ella era inocente de todo y que parte de la pared fronteriza de la cama donde acababa de tumbarse se derrumbó de improviso sobre ella.

Aquella misma noche, el embajador Daw Ripley enviaba un cable urgente, en clave, informando de la muerte del agente especial Bud Thaxton.

Una semana después, la Comisión receptora del Departamento de Cultura soviético se hallaba al pie del reactor norteamericano que acababa de aterrizar en el aeropuerto de Moscú.

La formaban seis altos funcionarios del Departamento y cuatro jóvenes de singular belleza. Una de ellas, sobre todo, podía competir en hermosura con la italiana C. C. Y acaso la aventajaba, a pesar de que su uniforme no se prestaba a una exhibición completa de su mareante anatomía.

Dé la gigantesca panza de la nave empezaron a descender por la escalerilla metálica hasta veinte jóvenes (trece hombres y siete chicas) que portaban en sus manos banderitas rojas con una hoz y el martillo en el centro de ellas, agitándolas como saludo a los rusos.

A renglón seguido intercambiáronse los saludos de rigor entre

los jefes de las dos Delegaciones. Luego el ruso, en un perfecto inglés, encaró a los universitarios yanquis con cierto énfasis.

—Esperamos que este intercambio cultural firmado por nuestros respectivos Gobiernos sirva para un mayor entendimiento entre nuestros pueblos. Procuraremos que la semana que vais a pasar entre nosotros en estrecha camaradería sea lo más grata posible. Y estoy seguro que los veinte camaradas nuestros que a esta misma hora estarán tomando tierra en vuestro país habrán sido acogidos con la misma deferencia y simpatía como nosotros os acogemos. ¡Salud!

Eran frases hechas, de rutina, con sabor a laboratorio, pero el grupo yanqui las aplaudió con calor.

Después vinieron los saludos efusivos entre los componentes de los dos grupos, produciéndose una momentánea confusión.

Uno de los universitarios, alto, moreno, de correctas facciones y ojos tan negros como la antracita, advirtió de súbito un ligero roce en un bolsillo.

Estaba rodeado por varios de sus compañeros, dos rusos y una rusa, que los atosigaban a preguntas. Y pegado a su costado, pero casi dándole la espalda, se hallaban otras dos rusas conversando animadamente con dos estudiantes de Texas.

Simuló ignorar que alguien había deslizado algo en su bolsillo y continuó departiendo con los soviéticos y su camarada.

La voz ampulosa del delegado ruso se alzó con cierto aire imperativo:

—El autobús nos espera, camaradas. Suban, por favor. Tenemos un programa muy apretado de trabajo y disponemos de sólo una semana para desarrollarlo.

Respondiendo a una consigna preestablecida, cada ruso situóse entre dos estudiantes americanos.

El estudiante moreno y de ojos tan negros como la antracita sentóse junto a un compañero suyo rechoncho y parlanchín, de ojos saltones como los de los besugos, que empezó a atosigar al guía soviético con preguntas sobre la arquitectura rusa.

Advirtió de improviso que no dejaba meter baza a su compatriota y sonrió bonachonamente.

—Soy incorregible, ¿verdad, Larkin? He acaparado a nuestro amigo, olvidando que tú desearás preguntarle algo.

—De momento prefiero escuchar, Howard —sonrió Larkin—. Así me ilustro un poco de arquitectura, rama que me es tan desconocida como la escritura maya.

—¿Qué estudias tú, camarada? —inquirió el ruso suavemente.

—Ciencias Políticas y Económicas.

La media hora que duró el recorrido hasta llegar a la residencia donde se alojaría el grupo de estudiantes norteamericanos, Larkin se limitó a escuchar el vivo y rápido diálogo de sus dos compañeros. Advirtió que el ruso dominaba a la perfección el inglés.

Su imaginación, empero, se hallaba a mucha distancia de ellos. Concretamente, en aquel papel que alguien introdujo en su bolsillo.

Al llegar a la villa circundada por alta tapia, el delegado ruso (que hizo el viaje junto al americano para imponerle del programa confeccionado para aquella noche), se despidió, con sus camaradas, de los estudiantes yanquis.

Larkin y el rubio Howard Keih ocuparon una amplia y soleada habitación con vistas al umbrío y silencioso jardín. Dejaron sus maletas sobre las camas.

—Siempre soñé con hacer este viaje, Larkin —murmuró el gordiflón, sonriendo—. ¿Tú no?

—Claro que sí, Howard. ¿Por qué si no solicité formar en este grupo? —De súbito cambió de tema—. Mientras colocas tus cosas en el ropero, yo voy a los lavabos.

Al fondo del corto y ancho pasillo se hallaban los servicios. Se encerró en uno de ellos y extrajo con cierto nerviosismo un trozo de papel del bolsillo izquierdo.

«Esta noche estableceremos contacto. Procure hallarse solo en su cuarto. Deje la ventana entornada después del regreso del teatro».

Leyó el mensaje dos veces, le prendió fuego con el encendedor y las cenizas cayeron en la taza del inodoro. Tiró después de la cadena y el agua arrastró las cenizas.

A la hora indicada acudió el Delegado del grupo ruso con sus camaradas y acompañaron a los estudiantes yanquis al teatro para que asistiesen a una representación de «*ballet*» ruso. Después, y en el mismo autobús, regresaron a la residencia.

El delegado se encaró entonces a su grupo de colaboradores.

—Klavdia Gorki, Ludmila Suiov, Brenef y Korpin, esta noche os toca guardia para atender a nuestros invitados durante la noche por si precisaran de nuestros servicios.

Larkin lanzó una rápidas y escrutadora mirada a las dos jóvenes rusas y a los dos rusos que despegaríanse del grupo al ser nombrados, preguntándose cuál de los cuatro sería el enlace que le anunciaran en Washington.

Los rostros inexpresivos, como tallados en piedra, de las jóvenes y de sus dos compatriotas, no le aclaró nada. Quien fuera el enlace del

F. B. I.

con Moscú era un experto en el arte del disimulo.

Tanto Larkin como sus demás compañeros comprobaron que los del Departamento de Cultura soviético sabían su cometido de anfitriones. En todas las habitaciones colocaron sendas botellas de *whisky* escocés.

El rechoncho Howard Keih exultaba, satisfacción por todos los poros de su grasiento cuerpo tras la estupenda representación que presenciaron en el teatro.

—Fabuloso, Larkin; sencillamente sensacional —repetía.

—Estoy de acuerdo contigo, Howard. Ha sido una interpretación magnífica.

Mientras hablaba vuelto de espaldas a Howard, vertió en la copa de éste unos polvos, alargándole el vaso.

—Por nuestra estancia en Rusia, Howard Keih —brindó.

El sonriente y rechoncho Howard apuró de una sentada el *whisky*. Se hallaba cómodamente repantigado en uno de los sillones. Minutos después su cabeza ladeábase sobre su hombro y un extraño y repentino sopor se apoderaba de él.

Larkin cargó con el estudiante de Arquitectura, lo echó en la cama, lo desnudó y lo acostó. Una «nurse» no lo hubiera hecho mejor y más rápidamente.

Acto seguido lavó el vaso usado por Howard Keih y vertió en él unos dedos de *whisky*. A continuación apagó la luz y dejó entornada la ventana. Por último ocupó uno de los butacones, el cuerpo relajado y los sentidos alerta.

Contuvo las ganas de fumar que sentía y permaneció inmóvil como una momia dentro del butacón, la mirada clavada en la

ventana.

III

DEL apolíneo Larkin Robson decíase en el F. B. I., que poseía oídos de tísico.

Y no se equivocaban.

Había que poseer un oído extremadamente sensible para captar el ludir que el joven detectó debajo de la ventana de su cuarto.

Lo que ya no pudo imaginar el federal era que su esperado visitante poseyese la agilidad de un gato para encaramarse tan silenciosamente sobre el alféizar de la ventana.

Antes de reponerse de su sorpresa, la sombra vestida de negro había saltado al interior del cuarto, produciendo el mismo ruido que un felino andando sobre una gruesa alfombra.

Larkin permaneció inmóvil en la butaca. Contuvo incluso la respiración para no delatarse.

Era tan impenetrable la oscuridad que no pudo distinguir a qué sexo pertenecía aquella persona. Por otra parte, el intruso usaba pantalones y jersey negro, lo que le hacía más indescifrable aún.

El asaltante permaneció unos segundos pegado a la pared, como indeciso. El espeso silencio que envolvía la habitación debió desconcertarle momentáneamente.

Larkin sonrió en la oscuridad. Comprendió por qué aquella persona no pronunciaba su nombre. Debía saber que existían «ojos mágicos» en el cuarto. Y no quiso descubrirse.

Una de las primeras cosas que Larkin Robson efectuó al ocupar la habitación con Howard Keih fue registrarla pulgada a pulgada en ausencia del estudiante de arquitectura.

Descubrió que el diminuto «magic-ear» de corta y sensibilísima antena estaba pegado con cinta adhesiva detrás de la galería de la

ventana. Y esto lo debía saber su visitante, de ahí su mutismo.

De súbito, la habitación fue barrida de forma relampagueante por un cono de luz finísimo que en su recorrido dio de lleno en Larkin Robson, obligándole a cerrar los ojos.

La diminuta linterna se apagó de la misma forma centelleante que encendiérase.

Cuando Larkin oyera a continuación el sigiloso deslizamiento del enlace del

F. B. I.,

hacia su butaca, sabía ya que era la escultural y morena Klavdia Gorki la que se acercaba.

Pudo percatarse de ello en el preciso momento de apagarse la linterna. Continuó inmóvil y expectante, más en su interior se alegró de que aquella muchacha fuese su colaboradora.

Primero en el aeropuerto y luego en el teatro, pudo admirarla a placer sin que ella lo advirtiese. Y cada vez que la miraba encontraba una faceta distinta en aquella mujer.

Si al principio le gustó su despampanante anatomía, más tarde advirtió que tenía unos ojos grandes y negros como la sima de un pozo. Y que sus labios, rojos y gordezuelos, eran una pura tentación, como el hoyuelo de su barbilla.

¿Por qué no le advertiría el inspector McKingston que tendría por colaboradora a aquel portento de criatura? No lo comprendía, de verdad que no lo comprendía.

Sintió de súbito, sobre su oído, una voz pastosa y dulce como la miel. Era como un susurro aromatizado:

—¿Seguro que no nos escuchará su compañero?

La joven se inclinó tanto sobre Larkin, que éste percibió con un ligero escalofrío el contacto de los duros, restallantes senos sobre su hombro.

—Seguro, Klavdia Gorki. No despertará en cinco horas.

Con un poderoso esfuerzo de voluntad mandó al infierno sus pensamientos, logrando auto dominarse. Para ello solo tuvo que pensar en la muerte de su infortunado compañero Bud Thaxton.

—Tendremos que hablar así —bisbiseó ella junto a su oído—. Existen micrófonos en todos los cuartos.

Y Larkin volvió a estremecerse al sentir el contacto de los rojos labios en la oreja.

Cerró los ojos y contó mentalmente hasta diez para ahuyentar nuevamente sus pensamientos pecaminosos.

—Ignoraba que era una mujer quién colaboraría conmigo —susurró.

—¿Cambia eso la situación? —ironizó ella.

—Desde luego, no. Pero debieron advertírmelo.

—Sus jefes no lo sabían. En realidad, debía ser mi tío Alex quién se entrevistara con usted, pero lleva cuatro días en cama. Tuvo un accidente en nuestro Departamento y está hospitalizado. Me puso entonces al corriente de todo para que le reemplazarse en este asunto.

—¿Fue provocado o fortuito ese accidente?

—Fortuito. Resbaló por una escalera y se ha dislocado una pierna. Nadie sospecha de él, no tema. Ni de mí, por supuesto.

Se estableció un corto silencio. La joven debió considerar que su postura era bastante forzada, y optó por sentarse en un brazo del butacón. Luego volvió a inclinarse sobre el federal.

Si advirtió o no el estremecimiento que sacudió al joven al contacto con sus protuberancias, es cosa que no se sabría nunca, ya que la oscuridad velaba el brillo de sus ojos.

—Usted dirá lo que procede, señor Robson.

—Podría llamarme Larkin, si no le molesta.

—En absoluto —rió ella.

Larkin tuvo la impresión de que incluso le había besado. Luego se llamó estúpido. ¿Por qué había de besarle aquella mujer? Tendría que poner un bocado a su fantasía o terminaría desquiciado.

—Sabemos que el profesor Ludlow se encuentra actualmente en esta ciudad asistiendo al Congreso anual de científicos. ¿Podría comunicarse con él y advertirle que deseo verle en nombre de mi Gobierno?

—Por intentarlo no quedará. Como mañana estoy libre de servicio hasta las seis de la tarde, procuraré complacerle.

—¿No será peligroso que usted...?

Klavdia le taponó la boca con uno de sus deditos.

—También nosotros sabemos movernos, Larkin, sin ser del F. B. I.

—apostilló—. Contamos con amigos que nos ayudarán. Mañana noche tendrá una nota con el resultado de nuestras gestiones. ¡Ah!,

y procure no acercarse a mi demasiado. Mis tres compañeras tienen muy desarrollados los oídos y la vista. Pertenecen a la M. V. D., por si lo ignoraba.

Se puso en pie acto seguido. Larkin observó entonces que usaba mocasines. Tuvo intención de sujetarla de un brazo... y de mil cosas más. Pero no pasó de la intención. El sentido del deber se impuso a los demás sentimientos.

La oyó deslizarse con su andar gatuno hacia la ventana, mirar precavidamente al silencioso y umbrío jardín y segundos después descolgarse como una sombra. A continuación escuchó unos pasos furtivos alejándose.

A la mañana siguiente, el estudiante de arquitectura encaró a Larkin con semblante preocupado.

—En mi vida me ha sucedido lo de anoche —murmuró, ceñudo—. Si digo a mis amigos de Cleveland que un solo vaso de *whisky* me tumbó, se oyen las carcajadas en el Capitolio.

—Pues no lo digas y así evitas las cuchufletas —apostilló Larkin, flemático.

—Te ruego que no lo menciones, Robson —suplicó el gordiflón—. Nuestros compañeros se reirían de mí. Siempre presumí de bebedor, ¿comprendes?

—Seré una tumba, muchacho —rió el federal—. ¡Palabra de Larkin Robson! —Y le palmeó la espalda amistosamente.

Aquella misma noche, Larkin recibió la nota prometida por Klavdia Gorki. Venía escrita con tinta simpática, como la primera. Una de las camareras de la residencia le hizo una seña imperceptible indicándole la servilleta.

El papelito pasó a su bolsillo como por arte de magia. Después utilizó uno de los servicios para leer el sustancioso comunicado:

«Entrevista conseguida para mañana una de la noche. Habitación diez, primera planta. No llamar. Memorice plano del chalet y flecha por donde debe realizar el escaló. Encontrará un coche en la esquina de la residencia. Suerte».

Durante varios segundos observó el plano realizado en escala ínfima. Lo grabó mentalmente en su cerebro y acto seguido

destruyó la nota por medio del fuego, aventando las cenizas.

«In mente» se dijo que Klavdia no le había mentido al asegurarle que contaba con eficientes colaboradores.

Una burlona sonrisa floreció de súbito en sus labios. Se lo produjo al pensar en el bonachón y simpático Howard Keih. ¡Otra noche que la pasaría de un tirón por culpa de una sola copa de *whisky*... con narcótico!

Conocía la avenida dónde se hallaba ubicado el chalet donde se hospedaba el profesor Karl Ludlow con los demás científicos que asistían al Congreso Nuclear. Por fortuna se hallaba cerca de la residencia. Con un poco de suerte solventaría el asunto en una hora.

Le fue fácil, facilísimo, hacer beber a Howard, aunque esta vez no cargó tanto la dosis del narcótico.

Repitió lo de la noche anterior, acostando y arrojando al gordito para que no se resfriase.

Y también le fue fácil saltar al jardín y escalar la valla sin que los vigilantes soviéticos lo advirtiesen.

En la esquina indicada por Klavdia en la nota encontró un turismo pequeño con la llave en la portezuela.

Giró la llave de contacto, tiró del arranque y encendió el motor. Desembragó a continuación, puso la marcha y arrancó suavemente.

Una manzana antes del chalet detuvo el turismo, haciendo el recorrido a pie. Se había subido las solapas de la gabardina reversible y bajado el ala del sombrero.

Siguió al pie de la letra las indicaciones marcadas por Klavdia en el plano y escaló sin dificultad la verja posterior del jardín. Los árboles frutales diseminados de trecho en trecho le ayudaron bastante a aproximarse a la puerta de la cocina.

El edificio aparecía envuelto en sombras y silencio. Sólo el viento, jugando con la hojarasca del arbolado, ponía una nota vivida en aquel paisaje mudo y sombrío.

Extrajo de la gabardina un diminuto juego de ganzúas, manipulando breves segundos en la cerradura. La puerta se abrió hacia adentro con la suavidad de la seda.

Durante un par de segundos permaneció expectante, el oído tendido ávidamente hacia la densa oscuridad de la cocina.

Respiró, satisfecho, al advertir el silencio de cripta que le envolvía. Encendió entonces una diminuta linterna y el cono de luz

buscó afanosamente la puerta que se comunicaba con las habitaciones interiores de la casa.

El piso de goma de sus zapatos amortiguaba el ruido de sus pisadas. Cerró la puerta a sus espaldas y pronto alcanzó la otra hoja de madera. Sólo tuvo que girar el pomo de la cerradura para encontrarse en un largo y estrecho pasillo alumbrado por un foco adosado en el centro del mismo.

Con andar de lobo recorrió el pasillo para embocar en su final una escalera de mármol. La subió, decidido, andando de puntillas. Intuía que a partir de aquel momento las cosas se presentarían orilladas de dificultades.

Forcejeó durante unos segundos con la nueva cerradura, comprobando que habían echado la llave. Volvió a sonreír burlonamente ante las medidas de seguridad adoptadas por los soviéticos para impedir a sus científicos todo contacto con el exterior... a espaldas de ellos.

De nuevo entró en acción la ganzúa. La puerta se abrió suavemente, dando la impresión de que acababan de engrasar sus goznes. Cosa que Larkin agradeció profundamente.

Un corto y alfombrado corredor con puertas numeradas apareció ante la escrutadora mirada del agente federal, que cerró con sumo cuidado la hoja a su espalda.

La número diez era la próxima al rellano. Avanzó hacia ella decidido. El tiempo, por desgracia, jugaba en su contra.

Se hallaba a media yarda de la habitación del profesor Ludlow cuando unas pisadas próximas al rellano tuvieron la virtud de envarar su cuerpo, que adquirió la rigidez de un poste telegráfico.

Voló su mano hacia la gabardina para empuñar la pistola con silenciador acoplado a ella. Había contenido incluso la respiración para no delatarse.

Y esperó.

Quien fuera bajaba las escaleras del piso superior. ¿Algunos de los vigilantes? Seguro. Le constaba que la

M. V. D.,

tenía designados varios agentes dentro del chalet. Unos, como sirvientes; otros, como administrativos.

Larkin, de dos saltos se había situado junto a la esquina del corredor, pegado materialmente a la pared.

Por los pasos dedujo que era una sola persona. Hombre, desde luego. Lo denunciaba el peso de la pisada.

El individuo, al doblar el recodo del pasillo para adentrarse en el corredor donde se hallaba Larkin, no llegó a ver ni al joven. Sólo vislumbró una masa oscura que caía sobre él como una catapulta y que algo duro y contundente chocaba contra su frente, sumiéndolo en una repentina y densa oscuridad.

Para asegurarse de una mayor impunidad, Larkin volvió a golpear la cabeza del individuo con la culata del arma. Luego tiró de él como un fardó y empujó suavemente la puerta del profesor Ludlow.

El científico se hallaba en pijama, sentado en la cama. Tenía encendida la lámpara de la mesita de noche y simulaba leer una revista.

Una mueca de espanto dibujóse en su anguloso rostro al ver a Larkin arrastrar al vigilante ruso hasta una esquina de la habitación.

Larkin le hizo una seña para que callase. Después cerró la puerta por dentro, acercándose a la cama con semblante contrariado. Aquel incidente le había puesto de mal humor.

Había reconocido al profesor Ludlow por la descripción que le hicieron de él en Washington y por la foto que le mostraron del científico.

Era un hombre que había rebasado ya el medio siglo, de cara angulosa, nariz acaballada, pupilas azules y frente abombada. Sus cabellos, bastante escasos, eran de un pajizo desvaído.

Durante unos segundos los dos hombres se contemplaron en silencio, como estudiándose. Fue el profesor quien deshiciera la tensión reinante esbozando una tibia sonrisa. Hizo un ademán a Larkin para que se acercase, convencido ya de que el joven era el agente especial que le anunciaran.

El reloj despertador colocado en la mesilla de noche señalaba en aquel momento la una y cinco minutos.

En las azules, Inquisitivas pupilas de Karl Ludlow matizábase una luz de admiración, como si le costase trabajo admitir que el agente federal hubiese podido allanar impunemente su dormitorio.

Larkin usó en aquella ocasión el mismo procedimiento que Klavdia utilizara con él, esto es, arrimó su boca al oído del científico para susurrarle con rapidez:

—Disponemos de poco tiempo, profesor. ¿Conoce al hombre que he golpeado?

—Sí. Reza como gerente del chalet. En realidad es un agente de la

M. V. D.

Cada dos horas hacen una ronda para convencerse de que seguimos en nuestros cuartos.

Pinzó un brazo del joven y volvió a bisbisear, nervioso:

—Un acierto el suyo el de comunicarnos así, federal. Existen micrófonos en todas las habitaciones.

Larkin asintió con la cabeza. Luego le susurró al oído:

—Estará ya impuesto de la muerte de su amigo Ernest Fronding y de mi compañero Bud Thaxton.

Esta vez quien asintió con la cabeza fue el científico, que miró con evidente angustia al joven.

—¿Qué... qué opina su gobierno de mi propuesta?

Un aleteo nervioso latía en el acento del profesor.

—En principio se aceptan sus condiciones. Su amigo Von Braun confía mucho en usted y en su invento. Ha influido grandemente en el ánimo del gobierno para que le ayudemos.

Las azules pupilas del científico se encristalaron repentinamente y un súbito temblor sacudió su esqueleto óseo. Sus largos, ahuesados dedos claváronse como garras en el brazo de Larkin.

—Sabía que Von Braun respondería así —matizó con la voz rota por la emoción. Se sacudió de un manotazo la lágrima que espunteara sus ojos y añadió, emocionado—: No defraudaré a mi amigo y compañero y tampoco a su gobierno, joven.

—Estamos convencidos de ello, profesor, por eso me han enviado aquí.

—¿Quiere decir...? —Y se atragantó, tembloroso.

—Lo mismo que está pensando, profesor —sonrió Larkin—. Informaré hoy mismo a Washington de mi entrevista con usted. Dentro de un par de días tendrá noticias mías por el mismo conducto de ayer. Planearemos la forma de sacarlo de aquí sin riesgo para usted.

Se silenció ex profeso para contemplar honda, fijamente, al científico.

Ludlow debió comprender el significado de aquella mirada,

porque esbozó una tibia sonrisa:

—Siempre jugué limpio, federal —matizó en un soplo—. La segunda fase de mi invento la tengo también micro fotografiada. Hace unos días la envíe secretamente al Berlín occidental. Una vez allí se la entregaré a usted. Si comprueba entonces que les he engañado no tienen más que hacerme cruzar el muro y entregarme al gobierno de Pankov para que me fusilen por traidor.

—Le creo, profesor, y se hará como usted indica.

Estrechó la mano del científico, despidiéndose de él.

—Repito: dentro de un par de días recibirá instrucciones.

Ludlow señaló entonces con la mirada el inerte cuerpo del hombre de la

M. V. D.

—Le dejaré en la cocina —sonrió el joven—. Pesa poco, por fortuna.

Hizo un gesto de despedida al profesor y abrió la puerta cautelosamente. Al observar que el corredor se hallaba solitario cargó con el agente secreto y atravesó a grandes zancadas el pasillo. La espesa alfombra amortiguaba sus pasos.

Cuando segundos después cerrara a sus espaldas la puerta del corredor lanzó un suspiro de alivio.

Suspiro de alivio que se trocó en un gesto de alarma cuando al intentar bajar con su carga los primeros peldaños de la escalera que le conduciría a la cocina, los pasos de dos personas ascendiendo por ella le hicieron respingar, preocupado.

IV

UN sudor frío humedeció repentinamente el cuerpo de Larkin.

Durante unos segundos permaneció con los músculos agarrotados y las facciones crispadas en un gesto de rabia ante aquella nueva contingencia.

¿Retroceder? ¡Imposible! Sería cazado como un infeliz conejo.

Su cerebro en aquellos momentos semejaba un vértigo.

Lo decidió de pronto. Esperaría allí, en el rellano, y jugaría a pie firme la baza de la sorpresa. Todo antes que meterse tontamente en la boca del lobo.

Los pasos seguían ascendiendo. Pasos pesados, lentos, como de personas que realizan rutinariamente un trabajo, convencidos de que jamás se produciría una anormalidad.

Sólo que aquella noche se produjo.

—¡Eh, Zudlenko, mira! —exclamó, alarmado, uno de los vigilantes al doblar el recodo de la escalera.

Larkin Robson no dio tiempo al llamado Zudlenko a levantar la vista hacia él.

Volteó como un fardo el inerte cuerpo del agente de la M. V. D.,

lanzándolo como un obús contra los dos vigilantes, que rodaron como peonzas escaleras abajo.

No esperó a comprobar el resultado de su acción. Saltó de dos en dos los escalones en busca de la puerta que le conduciría a la cocina y de allí al jardín.

Al intentar brincar sobre el bosque de piernas y brazos que formaban los tres rusos en el suelo, una mano se engarfió desesperadamente a su tobillo izquierdo, cortando en flor su intento de fuga.

Trastrabilló unos pasos, perdió al fin el equilibrio y terminó por chocar aparatosamente contra la pared, quedando ligeramente conmocionado.

Zudlenko fue el primero en reponerse del golpe. Había sido quien atrapara en el aire la pierna del federal.

Una mueca de odio distendió sus facciones. Extrajo de la funda sobaquera una pistola del nueve largo y la encaró fríamente contra la cabeza del agente federal.

—¡Cochino traidor! —masculló con voz sorda.

No, no eran horas de contemplaciones. Tenía que actuar rápido o su fin sería el mismo que el de su compañero Thaxton.

Todo esto lo pensó al ver a Zudlenko con su terrorífica pistola en la mano y una torcida sonrisa en sus delgados y crueles labios.

¡Plof!

¡Plof!

El ruso, mientras se doblaba como un boxeador al que su contrario le hubiese aplicado un potente crochet al estómago, contempló con estúpido asombro al agente federal.

No comprendía cómo aquel hombre pudo sacar su pistola y disparar antes de que él apretase el gatillo de la suya.

De buena gana le hubiese preguntado si sus manos poseían algún imán para que la pistola hubiese votado misteriosamente de ella, escupiendo aquellos dos lengüetazos rojos que le abrasaban las entrañas.

Sí, se lo hubiera preguntado..., pero la muerte se lo impidió.

En cuanto al compañero de Zudlenko, cruzó la divisoria de la vida a la muerte sin apercibirse de ello. En el momento justo de intentar sacar su pistola recibió un tiro en la frente y allí se acabó todo. Para él, se entiende.

Durante un par de segundos permaneció Larkin con el revólver apuntando a la cabeza del falso gerente del chalet.

Terminó por enfundar el arma. Consideró que lo que iba a hacer era un asesinato a sangre fría y la idea le repugnó. A los otros dos los mató en defensa propia... y, además, existía otro motivo: aquellos tipos le habían visto y podían reconocerlo en cualquier instante.

Al observar que el agente de I

M. V. D.

empezaba a rebullirse volvió a extraer el arma y le aplicó dos nuevos culatazos para que continuase en el Limbo un par de horas más.

Salió al jardín. Llevaba la mano en el bolsillo de la gabardina, los dedos cerrados fuertemente en la culata del revólver. ¡Nuevas sorpresas, no!

Pero las hubo.

Ocurrió cuando disponíase a acercarse a la verja con intención de escalarla. Una voz recia y conminatoria resonó de improviso a su espalda, inmovilizándolo:

—¡Eh, un momento! ¿Quién eres, camarada?

De nuevo aquel maldito sudor frío humedeciendo su cuerpo. De nuevo aquella curiosa vibración en la espina dorsal. Y de nuevo aquella repentina sequedad en la garganta.

—Soy Zudlenko, ¿es que no me conoces?

Las palabras brotaron de sus labios con la clásica entonación de los ucranianos. Cuando Zudlenko le insultara dentro de la casa pudo advertir por su acento que era oriundo de Ucrania.

Esperó, tenso e inmóvil, la reacción del soviético.

—¿Por qué has dejado solo a Boris haciendo la vigilancia? —inquirió el otro, receloso aún.

Larkin bendijo al frondoso ramaje debajo del cual se hallaba, ya que esto impedía al ruso percatarse del engaño. Zudlenko vestía un traje marrón... y él usaba gabardina oscura.

Mandó al diablo sus prejuicios y girando vertiginosamente con el revólver en la mano apretó el gatillo.

Se había guiado por la voz del ruso para calcular su posición.

Y acertó.

Por encima del apagado taponazo del disparo se alzó el grito ronco, ahogado, del agente soviético al caer sobre la mullida alfombra con el pulmón izquierdo perforado.

Escaló ágilmente la verja y flexionando las piernas saltó a la acera.

Y justo, justo entonces, un coche doblaba la esquina del chalet, frenando precipitadamente al ver saltar al joven.

Dos hombres, salieron del turismo. Corrían como gamos en dirección a Larkin con sendas pistolas en sus manos.

—Deténgase o disparamos —gritó uno de ellos.

Como detenerse significaba morir, Larkin Robson optó por lo contrario, esto es, poner grasa a los zapatos y correr en zigzag avenida abajo.

Las primeras balas zumbaron muy altas sobre la cabeza, del federal, pero las siguientes fueron un aviso para el joven. Aquellos condenados afinaban cada vez más. O imprimía mayor velocidad a sus piernas o terminaría pudriéndose en una fosa de Moscú.

Dos nuevos estampidos atronaron la calle.

Larkin, pese a que seguía corriendo en dirección al coche que le proporcionara Klavdia pudo colegir que los dos últimos disparos no fueron hechos por sus perseguidores. Una nueva arma había tomado parte en aquel concierto de plomo fundido.

También observó, extrañado, que nadie le seguía.

Llegó a la altura de su coche, jadeando... para quedarse atónito al ver junto al volante a Klavdia Gorki. Ni siquiera se percató de que el motor estaba en marcha.

—¡Vamos, suba pronto! —apremió la joven.

Obedeció de forma maquinal. Klavdia arrancó de forma brusca, pisando a fondo el acelerador.

Durante varios minutos permanecieron en silencio. Larkin los aprovechó para secarse el copioso y frío sudor que inundaba su frente. Luego encendió un cigarrillo y chupó de él con ansia, buscando en el tabaco el antídoto a su nerviosismo.

La joven, atenta al volante, no se percató del estado febril del federal. Dio un viraje, inesperado y se introdujo en un callejón estrecho y pésimamente alumbrado.

—Baje, Larkin —ordenó Klavdia, lacónica—. Mis amigos deben estar esperándonos al final de esta calleja.

Robson, relajados ya sus nervios, contempló en silencio a la hermosa muchacha.

—¿Qué significa todo esto, Klavdia?

—¿Cree que son momentos para hacer preguntas, federal? —ironizó ella—. A estas horas debería estar durmiendo en su residencia y soñando con los angelitos.

Larkin agarró el brazo de la joven, imperativo:

—Pero este coche...

—Ya lo devolverá la Policía a su dueño. Lo robamos una hora antes de dejárselo cerca de la residencia.

Se desasíó suavemente de Larkin y taconeó con rapidez hacia la salida de la calleja, dirigiéndose al turismo color azulino aparcado junto a la acera.

Larkin, comprendiendo que sus preguntas no serían contestadas sino a voluntad de aquella extraordinaria y sorprendente Klavdia Gorki, se encogió de hombros y entró en el coche a una seña de ella.

Vio al volante a un hombre de unos cuarenta años, de facciones correctas y cabellos endrinos y tan ensortijados como los de los zíngaros.

Junto a él, un mozalbete de unos veinte años, de ojos negros y duros como el pedernal. Sus rasgos guardaban cierta semejanza con el que iba al volante.

—Son mis amigos Fedor y Sergio —se limitó a decir Klavdia al sentarse junto a Larkin en el asiento posterior—. Han sido ellos los que le han sacado del apuro.

El coche arrancó suavemente. Durante varios minutos rodó en el mayor silencio.

—Un cigarrillo, Larkin, por favor —matizó la joven, sonriéndole—. ¡Los de aquí son tan malos!

—¡Oh, perdón! —se disculpó el federal, ofreciéndole la cajetilla.

Luego se la tendió a los amigos de Klavdia. Los dos hombres se sirvieron sin despegar los labios.

—¿Hubo muchas complicaciones, Fedor? —inquirió la joven, deshaciendo la tensión reinante.

—No muchas —respondió el del volante, sin volverse—. Nos situamos casi enfrente de la villa, como nos indicaste, y al ver en peligro a tu amigo liquidamos a sus dos perseguidores. Luego volvimos al coche y nos largamos a toda prisa para recogeros dónde convinimos.

Larkin intuyó entonces que los últimos disparos que oyera debieron ser hechos por aquellos hombres contra los de la M. V. D.

Miró interrogadoramente a Klavdia. La joven se encogió de hombros.

—Sospeché que podían surgir complicaciones y tomé mis medidas por si podíamos serle útil.

La mano de Larkin buscó en la oscuridad la de la muchacha,

apretándosela con calor. Ella lo envolvió en una larga e indescifrable mirada y luego volvió a succionar golosamente del cigarrillo.

—Puedo enviarle un cartón de «Chesterfield» —susurró Robson.

—¿Quiere verme en un penal o en Siberia? —sonrió la joven, inclinándose peligrosamente sobre él—. Si las tres harpías que tengo por compañeras me huelen el aliento y advierten que fumo tabaco americano no estando con el grupo cultural son capaces de denunciarme por soborno o desviacionista. Ya le advertí que aquí se hila muy delgado.

La voz de Fedor cortó el diálogo. Había parado el coche junto al bordillo de la acera.

—Será mejor que tu amigo baje aquí, Klavdia —luego se encaró al joven—. Doblando esta manzana encontrará su residencia. Buenas noches y suerte, muchacho.

Estrechó Larkin la mano de los dos hombres y luego, de una forma instintiva, inclinóse sobre los rojos labios de Klavdia y la besó suavemente.

La sorpresa que se llevó le dejó sin aliento.

Klavdia arrojó el cigarrillo al asfalto y demarcó con sus dos manos el rostro del agente federal.

Tan súbitamente como uniera su boca a la de Larkin la despegó. Luego lo empujó hacia la portezuela con acento ronco, tembloroso:

—Cuídate mucho, Larkin. Mañana tendrás noticias mías. Y recuerda que debemos tener el menor contacto posible.

Cuando quiso reaccionar fue demasiado tarde. El coche deslizábase calle abajo a gran velocidad. Durante unos segundos permaneció en la acera como atontado. Aún le parecía tener sobre los suyos los gordezuelos y sensuales labios de la hermosa muchacha, su perfume de magnolia, el turbador contacto de sus carnes olorosas y prietas.

Llegó a la residencia como sonámbulo. Era la primera vez en su vida que le ocurría aquello. Creyó que estaba inmunizado contra el amor y veía que un solo beso había hecho tambalear sus convicciones.

La presencia de la valla del edificio le hizo despertar. La escaló con la misma facilidad que un simio asciende a la cima de un sicómoro, y minutos después se metía entre las sábanas con una

beatífica sonrisa en los labios.

Ni siquiera se preocupó de cerciorarse de si su compañero de cuarto seguía bajo los efectos del narcótico. Lo dio por descontado. Con la dosis que puso en su *whisky* no despertaría hasta las cuatro de la madrugada.

La mañana siguiente la pasaron recorriendo museos de arte. Vio a Klavdia sirviendo de cicerone al gordito Howard Klein y al estudiante tejano. La joven, como los días anteriores, apenas si se dignó mirarle.

A él y a un estudiante negro les asignaron una de las compañeras de Klavdia, que se desvivía por complacerle. Era guapa, la indina. Y provocativa. Le miraba de forma insinuante cuando observaba que el estudiante de color parecía embebido en la contemplación de alguna obra de arte.

—Me llamo Sonia y estudio lo que tú, camarada —le susurró velozmente—. Esta noche estoy de guardia. Ocupo la habitación número veintidós. Si quieres, esta noche podíamos cambiar impresiones. Dejaré la puerta entornada. A las doce es buena hora.

—Procuraré acudir —sonrió Larkin, ofreciéndole al mismo tiempo un cigarrillo.

Ella lo aceptó. El reglamento no prohibía que se intercambiasen cigarrillos en acto de servicio.

Regresaron a la residencia para la comida. Larkin lanzó una fugaz mirada a la camarera amiga de Klavdia. La joven abatió los párpados, asintiendo.

Encontró pronto la nota dentro de su doblada servilleta. La pasó a su bolsillo como por arte de birlibirloque y empezó a comer y a reír con sus demás compañeros.

Terminada la colación, unos se fueron a sus cuartos y otros se quedaron viendo el programa de sobremesa de la T. V.

—Me voy al dormitorio, Howard.

—Yo me quedo, Larkin. Ponen un programa de arte y me gustaría verlo.

Era lo que deseaba: quedarse solo. Estaba impaciente por conocer las noticias de Klavdia respecto a lo ocurrido en el chalet de los científicos nucleares.

Cerró por dentro, entornó las persianas y se echó en la cama, desdoblado el fino papel con cierto nerviosismo.

«La

M. V. D.

anda como loca. No desconfían de nuestro amigo. Las sospechas recaen sobre un compañero de él, polaco, que ha intentado dos veces escoger la libertad. Lo han detenido, para interrogarle. Esperamos sus noticias».

Leída la nota, la quemó. Las cenizas desaparecieron por el sumidero del lavabo, abriendo después el grifo.

Durante unos minutos quedó pensativo, ordenando sus pensamientos. Ya sólo le quedaban cuatro días de estancia en Rusia. Cuatro días recargados de visitas a fábricas, centros recreativos, excursiones.

Por un momento estuvo tentado de escribir a Klavdia las instrucciones precisas para cuando él regresase a Washington. Desechó aquel procedimiento, por peligroso. Ya tendría ocasión de intercambiar unas palabras con la joven durante aquellos cuatro días.

Se presentó, en efecto, el penúltimo día, en la visita a un centro metalúrgico. Le bastó cruzar una mirada relampagueante con la joven para que ella coligiese que deseaba hablarle.

Maniobró Klavdia con tal habilidad, que quedó emparejada a Larkin por espacio de minutos. Fueron suficientes para el federal.

—Recibirás noticias concretas dos días después de mi regreso a Washington..., y cuídate mucho, cariño.

Se separó de la joven acto seguido, uniéndose a sus demás compañeros.

Desde su alta estatura, Larkin advirtió el nervioso y repentino aleteo de la naricilla de Klavdia y le sonrió significativamente.

Ella captó el mensaje del federal y sus nervios relajáronse como por ensalmo. Volvió la espalda a Larkin y a Sonia y se engolfó en explicarle a Howard Keih y a su compañero el funcionamiento de la colosal máquina que tenían ante ellos.

V

LARKIN Robson había consumido ya una docena de cigarrillos. Estaba nervioso, cosa extraña en él. Siempre le consideraron como un témpano, incapaz de emocionarse por nada.

Intentó contener su impaciencia dando cortos y nerviosos paseos por el amplio y solitario sablón de la segunda planta de El Pentágono.

En el despacho del fondo, una Comisión senatorial conjuntamente con otra del Estado Mayor, el propio Hoover, el inspector McKingston y el científico Von Braun se habían reunido urgentemente para estudiar y resolver el caso «Nube», como designaron al asunto del profesor Karl Ludlow.

Llevaban ya dos horas discutiendo. A Larkin Robson se le antojaron dos siglos. De súbito se abrió la puerta y en su dintel quedó enmarcada la recia y alta figura de McKingston.

Cerró a su espalda, avanzó hacia el joven con rostro impenetrable y cogiéndole del brazo lo condujo hasta la salida.

El inspector no despegó los labios hasta hallarse dentro de su coche oficial. Larkin sentóse a su lado. Le comía la impaciencia por preguntarle a su superior qué ocurrió entre aquellas cuatro paredes.

—Ganaste la partida, muchacho —matizó de súbito el inspector—. Tu informe ha influido poderosamente en el ánimo de esos señores. Von Braun, por otra parte, ha insistido en que le gustaría contar con la colaboración de su antiguo condiscípulo. Abunda en tu opinión de que el profesor Ludlow está jugando limpio en este asunto.

—Eso significa, señor...

—Que te desplazará mañana mismo a Berlín —sonrió McKingston.

Larkin le miró interrogadoramente. El inspector le palmeó la rodilla, ampliando su sonrisa.

—El «viejo» sabía que ganaríamos la batalla —puntualizó—. Ayer noche me llamó a su despacho y urdimos el plan más conveniente. Ocuparás el puesto de agregado cultural de nuestra embajada en Berlín. La plaza está vacante desde hace una semana por fallecimiento del titular. Arreglaremos este detalle hoy mismo con el Secretario de Estado.

Una mueca de extrañeza dibujóse en el semblante de Larkin.

—Muchacho, me estás defraudando —ironizó el inspector al advertir su gesto perplejo.

La luz se hizo entonces en la mente del joven.

—Comprendo —murmuró, como avergonzado—. Usted sospecha que alguien de esa embajada traicionó al pobre Thaxton.

—No sospecho, tengo la convicción de ello —aseveró McKingston con repentina dureza—. Thaxton era uno de nuestros mejores agentes especiales. Sólo nuestro embajador sabía que pertenecía al

F. B. I.

Sin embargo, lo asesinaron junto a aquel teniente de los Vopos y a la meretriz, a pesar de que tomaron toda clase de precauciones para celebrar la entrevista.

—¿Por qué no admitir que el teniente Ernest Fronding podía estar vigilado por los de la

M. V. D.?

Denegó el inspector con la cabeza. Luego puntualizó:

—Olvidas algo esencial, muchacho: Karl Ludlow, según tengo entendido en tu informe, no es sospechoso para los rusos.

Era su segundo patinazo. Se mordió los labios, contrariado.

—Creo... que debería usted enviar a otro en mi puesto, señor. Los reflejos no me responden.

—Olvídate por unos momentos de Klavdia Gorki y verás cómo te encuentras a ti mismo —sonrió McKingston socarronamente.

Antes de que el asombrado Larkin abriera la boca, le atajó, ampliando aún más su sonrisa.

—A todos nos llega la hora de beber en esa fuente, y el enamorado, como el pez, muere por la boca. Te conozco desde hace años y nunca te vi ponderar la belleza y cualidades de una mujer

con el fuego y entusiasmo que lo hiciste con esa chica. Eso me bastó para comprender que al fin te habían atrapado. Enciéndeme un cigarrillo, por favor.

Luego de expulsar una densa bocanada de humo, volvió a encararse al joven.

—Cursaremos ahora mismo las instrucciones al tío de Klavdia Gorki para que comuniquen al profesor Ludlow que aceptamos sus condiciones. Serán ellos los que sacarán al científico de Rusia. Ya han efectuado otros servicios análogos. Conducirán al profesor al Berlín oriental, donde te harás cargo de él. Lo llevarás después a nuestra embajada. Dispondrás de un reactor para trasladarlo aquí. Nadie, excepto el embajador Daw Ripley, conocerá del caso. Estaremos en contacto permanente, en clave especial que te entregaré en mi despacho. ¿Alguna pregunta al respecto, Larkin?

—Ninguna, señor. Todo me parece correcto.

El propio Daw Ripley presentó a Larkin a los diez empleados de su embajada, incluido el conserje. Se pronunciaron los discursos de rigor y a continuación cada cual se marchó a su despacho.

—Venga, Robson, le enseñaré también el garaje, el sótano y el jardín. Acostumbro a hacerlo con todos cuando entran a mi servicio, y no voy a hacer una excepción con usted.

En realidad, lo que quería era hablar a solas con el joven mientras paseaban por el jardín.

—No comprendo aún cómo pudo suceder lo del pobre Bud Thaxton y lo de aquel hombre, Fronding —empezó, la voz ronca—. Ya informé a...

—Sabemos eso, señor Ripley —le cortó el joven con suavidad—. Preferiría que me hablase de sus empleados y de Rona Murphy, su secretaria. Aunque he repasado sus expedientes personales en Washington, me gustaría conocer su opinión personal sobre ellos.

—Inmejorable, Robson..., aunque ya sé que me pondrá muchos ejemplos de funcionarios con patentes de honrados que luego resultaron unos sucios traidores.

Establecióse un brevísimo silencio. Lo aprovecharon para encender sendos cigarrillos.

—He de advertirle algo esencial —continuó el diplomático con gravedad—. Nadie, ni siquiera el primer secretario, Floyd West, conoce la combinación de mi caja fuerte. Suelo cambiarla

semanalmente. Tampoco tienen acceso a los documentos marcados como «top-secrets» por mis superiores.

—¿Pasa usted personalmente a máquina los informes en clave a la Secretaría de Estado?

—Lo hace mi hija Mildred, en mi alcoba. Ya la conocerá. Está pasando unos días de vacaciones con unos amigos nuestros, en Leipzig.

Intercambiaron unas cuantas palabras más y regresaron al despacho del embajador, el cual movió la palanqueta del interfono.

—¿Puede venir un momento, Rona?

Larkin ya había advertido que Rona Murphy era algo fuera de serie. Nunca vio tal profusión de curvas en un cuerpo femenino..., y eso que el de Klavdia Gorki era un prodigio de curvatura.

Pero lo que en Klavdia era armonía, suavidad, en Rona Murphy resultaba exultante, provocativo.

—¿Solucionó usted lo de la vivienda del señor Robson?

—Sí, señor. El dueño del apartamento que ocupaba el difunto Perkins no ha puesto reparo en firmar esta tarde el contrato con el señor Robson. Estará esta tarde en su despacho. Me indicó que las seis era la mejor hora.

Larkin observó entonces que los ojos de Rona Murphy eran verde oscuro. Brillaban como los de las gatas en celo.

Otra cosa advirtió también: que sus facciones no eran correctas. Tenía los labios demasiado gruesos, como las mulatas, y unos pómulos algo salientes.

Era una mujer toda «*sex-appeal*». Sólo eso: «*sex-appeal*». Si le rascaban un poco la corteza, seguro que no encontraban más que vulgaridad.

—¿Podría acompañar esta tarde al señor Robson?

—Con gusto, señor.

—Gracias, Rona, eso es todo.

Giró sobre sus altos tacones y abandonó el despacho con un ligero balanceo de las caderas. El embajador miró de soslayo al federal.

—Una gran chica, Robson, y bastante eficiente a pesar de su aparente frivolidad. Tuvo un desengaño amoroso y desde entonces vive un tanto amargada. Su padre fue muy amigo mío. Murió hace dos años, en Vietnam. Pertenecía al Cuerpo de intendencia. La chica

hizo entonces unas oposiciones en nuestro Departamento, sacó uno de los primeros números y me escribió para que la reclamase a mi lado.

Larkin parecía no escucharle. Miraba con detenimiento los muebles del despacho, los cuadros, la chimenea de piedra, los butacones.

—Si espera encontrar algún micrófono oculto, pierde el tiempo —observó el diplomático sonriendo—. Antes de ingresar en el Cuerpo diplomático hice unos cursos de electrónica. Lo primero que hago cada mañana al entrar en este despacho es inspeccionarlo meticulosamente. Soy hombre precavido, Robson —puntualizó.

«¿Cómo entonces supieron lo que se tramó aquí entre usted, Thaxton y Fronding?».

La pregunta se la hizo inmente. Soltarla era poner en evidencia al embajador, dudar de su lealtad.

Desvió con habilidad la conversación y pasó seguidamente a su despacho, donde entró minutos después la pelirroja Rona con su incitante bamboleo, de caderas.

—El señor embajador me ha ordenado que le ayudase. Conozco algo este negociado. Lo llevé una temporada, cuando el difunto Perkins enfermó.

Había apoyado las dos manos en el borde de la mesa, inclinando peligrosamente el busto. En sus ojos brillaba una luz extraña y algo turbia.

Larkin, para no marearse ante la vista-visión que se ofrecía a sus ojos a través del generoso y redondo escote, clavó la mirada en los documentos que tenía sobre la mesa.

—Gracias, Rona. Si la precisara para algo ya la llamaría. De momento voy a estudiar estos documentos.

Los gruesos, sensuales labios de la pelirroja se plegaron en un gesto de contrariedad. Enderezó su espinazo y giró sobre sus tacones. Ya en la puerta, encaró a Larkin con cierta mordacidad:

—Ignoraba que fuese usted tan galante, Robson.

—Perdone, Rona, no creí que la hubiese molestado. Si lo desea...

—No fue mi deseo, sino una orden del señor Ripley —apostilló ella, mordaz.

La respuesta salió como mordida ácidamente por los labios de la

pelirroja.

—Hasta las seis, señor Robson —y cerró la puerta con evidente irritación.

Como si el transcurso de las horas hubiese remansado el rencor de Rona Murphy contra Larkin, cuando éste pasó a recogerla en su despacho, le recibió con una luminosa sonrisa y un traje más atrevido aún que el de la mañana.

Pensó Larkin en la clase de calzador que tuvo que emplear para introducir sus opulentas formas en aquel estrecho saco cuyas costuras amenazaban saltar de un momento a otro.

La firma del contrato del inquilinato les llevó poco tiempo. Lo signó sin siquiera mirarlo.

—Espero que te gustará tu nueva madriguera —sonrió ella.

Había enganchado su brazo al del federal y tiró de él hacia la calle. Detuvo un taxi y le dio una dirección. Larkin la miró, sorprendido.

—Iremos primero al taller a recoger mí «carro». Lo dejé ayer para que lo engrasaran.

Larkin no pudo evitar un ligero parpadeo al ver el «carro» de la pelirroja. Era un «Mercedes» último modelo, de líneas aerodinámicas. ¿Cuántas pagas tendría que percibir en el

F. B. I.,

para poder adquirir un vehículo como aquél? Le dio vértigo pensarlo.

Por asociación de ideas se hizo la misma pregunta con relación a Rona Murphy. Y se dijo que existían muchas preguntas a las que tendría que encontrar unas respuestas rápidas y concretas.

El apartamento del difunto Perkins, moderno y acogedor, le agradó. Dejó la maleta sobre un diván. Rona se dirigió al mueblebar.

—Perkins solía tener la despensa bien surtida —apostilló, guiñándole—. Mientras tú colocas tus cosas en el armario prepararé unos *whiskies*.

Larkin no estaba por contrariarla, sino por todo lo contrario. Pasó al dormitorio y colocó en un periquete sus cosas. Cuando volvió al saloncito encontró a Rona sentada en una butaquita y paladeando a sorbitos cortos su *whisky*.

—¿Qué lugar conoces que nos puedan servir una apetitosa cena y pasar un rato agradable?

Había tomado la copa que ella acababa de ofrecerle.

—¿Quieres decir que me invitas a cenar y a bailar? —ronroneó ella, envolviéndolo en una intensa mirada.

—Algo así —sonrió el joven—. Anda, vámonos.

Hubo como un brillo de desencanto en las verdes pupilas de la mujer. Dejó el vaso en la mesita y se puso en pie con un ligero desprezo.

Ocultó a Rona que conocía Berlín bastante bien. Cinco años atrás estuvo allí, invitado por un tío suyo, delegado de una empresa de conservas de carne de Chicago.

Y su tío, un solterón alegre y mujeriego, con una saneada cuenta corriente, le enseñó a conciencia el Berlín nocturno.

Reconoció el local donde le llevara la pelirroja. Cenó una noche allí, con su tío y dos jóvenes vicetiples. Su tío le advirtió en un aparte:

—Uno de los locales más costosos de esta ciudad, muchacho. No se te ocurra traer aquí a una chica o peligra tu paga de un año.

—Te gustará —observó Rona alegremente—. Resulta algo caro, pero posee una estupenda cocina y unas atracciones fabulosas. Es mi local preferido.

Recordó la recomendación del inspector McKingston:

«—No escatimes gastos, el asunto vale la pena».

Reconoció que la pelirroja no le había mentido. El local era algo fuera de serie, como los precios. Pero un día era un día y al tío Sam no iba a arruinarse por un dispendio como aquél.

—Pese a los precios exorbitantes, el local se hallaba repleto. El «*mâitre*» debía conocer a Rona, porque la saludó, deferente, y se dio prisa en acomodarlos en un velador junto a una de las columnas de mármol jaspeado, cerca de la pista.

Cenaron de forma opípara. Los dos demostraron ser unos estupendos «*gourmet*».

—Si bailas tan bien como comes, voy a pensar que eres un sol de hombre —dijo ella.

—Podemos probar.

No se hizo rogar la pelirroja. Retiró con presteza la silla y envolvió al federal en una intensa, oscura mirada.

Al terminar el bailable, observó al federal que los labios de la mujer temblaban ligeramente y que el brillo de las verdes pupilas se había tornado más oscuro y turbio.

—Perdóname unos minutos, Larkin, voy a los lavabos.

Ocupó Larkin su asiento, pensativo. Un volcán de ideas corría en aquel momento bajo su frente. Preguntas y más preguntas pasaban raudas por su cerebro, sin hallar las respuestas adecuadas.

Rona Murphy era una erótica, eso por descontado. Ahora bien, ¿ocultaba su erotismo una segunda faceta?

Algo ocurrió de súbito que le hizo detener sus elucubraciones: un apagón de luz.

Jamás supo Larkin Robson por qué obró como lo hizo. Lo cierto fue que sin pensarlo dos veces se tiró al suelo, junto a la columna de mármol.

En el momento de lanzarse al suelo, el joven oyó un ¡plof!, apagado y percibió una corriente cálida y vertiginosa rozar sus mejillas.

Se oyeron algunos grititos de susto, y, minutos después, las lujosas arañas de cristal que pendían del techo volvieron a brillar intensamente.

—Perdonen, señoras, caballeros, ha sido un cortocircuito sin importancia. ¡Música, por favor!

Las palabras del «*maître*» calmaron de repente los excitados ánimos y nadie pareció dar importancia al incidente.

Nadie, no.

Larkin Robson, agente, especial del
F. B. I.,
sí se la dio.

Y tenía sus motivos para ello.

¡Le habían disparado con una pistola provista de silenciador!

¿Buscar entre el medio centenar de personas al autor del disparo? Sería perder el tiempo. El agresor pudo escabullirse fácilmente o esconder el arma, borrando previamente sus huellas, aprovechando el ligero desconcierto que se produjo en el local cuando el apagón.

Alguien quiso matarle, eso era innegable. Y habían provocado deliberadamente el apagón una vez le localizaron sentado en la silla del velador. Aquello significaba, por tanto, que fueron dos los

agresores.

—¿Qué ha sucedido, Larkin? Estaba pintándome los labios en el lavabo cuando se apagó la luz.

Ni siquiera había oído la llegada de la joven. Le palmeó la mejilla, sonriente.

—¿Te importa que nos marchemos? Estoy algo cansado del viaje. Mañana podemos repetir, si no tienes compromiso.

—De acuerdo, pero antes tomarás una copa en mi apartamento —ronroneó ella, envolviéndolo en una mirada cálida, profunda.

Larkin, al coger su abrigo, encaró a la joven del guardarropía colocándole dos billetes en la mano:

—¿Se ha localizado dónde se produjo el cortocircuito?

—En los servicios, señor.

VI

LOS acontecimientos se desarrollaron en vertiginosa cadena, atropellándose los unos a los otros.

Y empezaron a ocurrir a la mañana siguiente, como si tuviesen prisa en desencadenarse.

Larkin, al cruzar el despacho de Rona Murphy, advirtió que la pelirroja ni se dignó levantar la cabeza de la máquina de escribir. Observó que tenía el rostro atirantado.

Sonrióse interiormente al intuir el enfado de la volcánica pelirroja. Debió sentarle mal que la noche antes, al llegar ante su inmueble, se excusara de no subir a su apartamento para tomar la copa que le ofreciera. Debía estar muy acostumbrada a la pleitesía de los hombres porque le miró como a un bicho raro y después quiso fulminarlo con la mirada.

—Será la última vez que me equivoque con usted, Robson.

Las palabras brotaron de sus sensuales labios como mordidas por la rabia. Había prescindido hasta del tuteo. Le dio la espalda en un gesto despreciativo y taconeando con cierto nerviosismo se adentró en el lujoso zaguán de la casa.

Tuvo que tomar un taxi para regresar a su apartamento. La confesión de la mujer del guardarropía le martilleó machacón a mente durante todo el recorrido.

«La avería se produjo en los servicios, señor».

«... en los servicios, señor».

¡Y Rona Murphy se hallaba allí en aquel preciso momento!

¿Coincidencia?

¡Sí! ¿Por qué no? La vida está llena de ellas. Pero las coincidencias, ¡cuesta tanto admitirlas!

Llevaría diez minutos ocupado en su trabajo burocrático cuando

oyó por el «intercom» la voz del embajador.

—Señor Robson, pásese por mi despacho.

Lo hizo en seguida. Daw Ripley le entregó un sobre cerrado.

—Llegó esta mañana. Viene dirigido a usted.

Al empezar a despegar la goma advirtió que alguien había manipulado allí, volviéndolo a pegar con cierta precipitación. El pegamento que usaron, pese a ser muy rápido, dejó cierta humedad.

«Han debido fotografiar el texto», pensó.

El embajador parecía muy afanado revisando unos documentos.

Larkin, una vez leyerá el cable, lo dejó sobre la mesa, sonriente.

—Nuestro Departamento accede a la petición que hice antes de venir aquí. Me anuncian que está en camino la propaganda que les pedí para incrementar el turismo a nuestro país.

El verdadero contenido del cable era bien otro, claro, pero eso sólo él lo sabía. Larkin lo descifró sin necesidad; de computado con la clave.

«Klavdia Gorki llegará a ésa como intérprete,
acompañando a una comisión gubernamental.
Entrevístese con ella para ultimar el “caso Nube”».

Pasó el resto del día afanado en el ministerio de su negociado, poniéndolo todo al día. Comió y cenó en un restaurante próximo a la embajada y después se retiró a su apartamento.

Si con la muerte de su compañero Bud Thaxton no tuviera la certeza de que un traidor escondíase dentro de los muros de la embajada, la violación del cable que recibiera aquella mañana hubiese bastado para ponerse en guardia.

Comprendió que debía forzar los acontecimientos para desenmascarar a la rata que se escondía en la embajada.

Y para ciertos roedores sólo existe un medio para hacerles salir de su escondite: ponerles la carnaza a flor de labios.

A la mañana siguiente se entrevistó con el embajador, casi al filo del mediodía.

—¿Podría concederme unos minutos, señor Ripley?

—Los que sean precisos, Robson —y le miró, inquisitivo.

—Se trata de mi verdadera misión aquí, señor. Soy hombre de acción. Estoy convencido de que encerrado en mi despacho tardaré bastante en lograr algo positivo. Y a mí me urge resolver este

asunto cuanto antes.

—Eso significa que ha estudiado algo al respecto.

—Correcto, señor.

—¿Por qué lo consulta conmigo, Robson? —se extrañó el diplomático—. Usted tiene autonomía plena para hacer y deshacer en este asunto.

—Es que precisaré de su colaboración, señor.

Una de las finas cejas del diplomático se enarcó, interrogadora.

—Tenga la bondad de explicarse —matizó quietamente.

Larkin, antes de obedecerle, encendió un cigarrillo. Clavó su penetrante mirada en las azules pupilas del embajador.

—He cambiado de planes, señor Ripley. Convendría que se insinuase de forma velada mi verdadera personalidad pero asociándola al deseo a nuestro Gobierno de entablar negociaciones con la

R. A. U.

respecto a ofrecerles un acuerdo militar o económico para minar el prestigio soviético en el mundo árabe. Algo que suena a verosímil. ¿Lo cree factible?

Durante un par de segundos permanecieron las azules, penetrantes pupilas del diplomático fijas en el agente federal. Luego empezó a masajearse el mentón, meditativo.

Al encarar a Larkin lo hizo con voz perfectamente controlada:

—Tengo órdenes de la Secretaría de Estado de apoyarle en todo. Usted ordena, y yo obedezco.

—En este caso no acudo al funcionario, sino al amigo, al patriota —aseveró Larkin con calor—. ¿Encuentra viable mi idea, señor Ripley?

—Por completo.

—En ese caso dejo a su arbitrio lo accesorio. Usted mejor que yo sabrá qué aguijón es el que puede picar más a los rusos en estos momentos para que salten como potros encabritados.

—Existen varios —sonrió por vez primera el diplomático—. Los estudiaré a fondo y luego usted elegirá el más conveniente.

A las seis de aquella misma tarde, Daw Ripley llamaba a Larkin a su despacho, sólo que el federal, al entrar, apenas si se fijó en el embajador.

Sus ojos fueron atraídos misteriosamente hacia unas piernas

esbeltas que balanceábanse graciosamente en uno de los brazos del sillón del diplomático.

—¿Examina con la misma meticulosidad los expedientes de su negociado, señor Robson?

Hasta el propio Daw Ripley soltó la carcajada ante la suave ironía de la joven.

—Eres incorregible, Mildred. Robson, le presente al torbellino de mi hija. Regresó hace unas horas.

Mildred, con una maliciosa sonrisa en sus chispeantes pupilas, estrechó con fuerza la mano del sonriente Larkin.

Se advertía en ella a la muchacha que ejercita diariamente toda clase de deportes. Sus movimientos eran ágiles, firmes, seguros.

Una naricilla arremangada, una boca ancha y sensual y una cabellera de un rubio brillante formaban el complemento de la sugestiva belleza de Mildred Ripley.

Al mirar su reloj de pulsera lanzó un grito y besó a su padre.

—Me había olvidado del «party» que dan los Thompson. Apenas si tendré tiempo de cambiarme. Me disculpa, ¿verdad, Robson? Ya tendremos ocasión de conocernos. ¡«Ciao», papi, luego te contaré un montón de cosas de los Thompson!

Salió como un torbellino del despacho del embajador. Éste sonrió, paternal:

—Ya la irá conociendo, Larkin. Es un sol de criatura. Como es mi única hija, la he criado con toda clase de mimos. Enviudé hace cinco años. Estuve a punto de casarme de nuevo, pero a Mildred le horroriza tener madrastra.

Tomó unas cuartillas mecanografiadas que tenía sobre la carpeta de piel y las alargó al joven.

—Ahí tiene lo que me pidió. Ya me dirá usted por qué asunto se decide para empezar nuestro trabajo de zapa —se fijó de súbito en una cuartilla que tenía en la mesa y sonrió—. ¿Sabe que mañana tarde tengo una ocasión magnífica para empezar mi trabajo? Estoy invitado a una fiesta en la delegación búlgara.

—De acuerdo. Le llamaré desde mi apartamento después de cenar. Para esa hora ya habré decidido lo más conveniente.

Al mediodía siguiente, Larkin recibió una llamada que le dejó un tanto perplejo. Reconoció en seguida la voz alegre, juvenil, despreocupada, de Mildred Ripley.

—Robson, estoy en un apuro terrible —musitó la joven—. Preciso de usted.

Creyendo que le llamaba desde sus habitaciones de la embajada, sugirió:

—Muy bien, baje y veremos qué remedio encontremos a ese apuro tan terrible.

—Pero si no le llamo desde casa —rió ella jovialmente—. Estoy tomando el vermut con unos amigos. ¿Por qué no me hace un favor, Larkin? Le espero esta tarde, a las seis, en mi apartamento. Tome la dirección. Y dese prisa, mis amigos me están esperando.

Le dio la dirección y añadió con su característica volubilidad:

—Robson, es usted la persona más indicada para solucionar mi problema. Papá me ha hablado muy bien, que es usted un caballero. No me defraudará, ¿verdad?

—¿No podría adelantarme algo en este momento? Así vería si realmente soy el hombre que dice.

—Le ocuparía mucho tiempo, Larkin, y sé por papá lo apretado que está de trabajo —cambiando volublemente la conversación, añadió, riendo—: ¿No le han dicho que soy algo novelera? Pues sí, lo soy, y si le digo ahora para qué le necesito le quito sabor y misterio a la cosa. Pon favor, no me defraude. Le espero a las seis — y colgó.

Iría, qué remedio. Más no por lo que ella creía.

Sabía ya que Mildred poseía un apartamento-estudio en la zona bohemia de Berlín. Su «*hobby*» eran la pintura y la música moderna. Algo muy extendido en la juventud actual.

Deseaba conocer el ambiente en que vivía, con quién se rodeaba. Su experiencia le aconsejaba que no dejase suelto ningún hilo por insignificante que fuese.

En efecto, a las seis de la tardé llamaba al apartamento de Mildred Ripley. Era una casa vetusta, de cuatro pisos, de escalera amplia. En sus tiempos debió ser habitada por un noble alemán.

Mildred se hallaba sola. Como indumentaria sólo llevaba unos pantalones «*short*» tan cortitos como los de una vicetiple y una blusa escotada.

La contempló Larkin en silencio durante unos segundos. Ella le observó, coqueta, burbujeándole la risa en los labios. Compuso varias posturas atrevidas y luego estalló en una alegre carcajada.

—¿Qué le parezco, Larkin? —rió, alegre—. Reconozco que no son como las de cierta pelirroja —y se miró las estilizadas piernas—. Pero muchos afirman que pueden pasar. ¿Usted qué cree, Larkin?

—Diploma de honor, Mildred —rió el joven.

Ella le cogió del brazo, tirando de él suavemente hacia el salón-estudio.

Cuadros a medio bocetar, un caballete con un lienzo esbozando un desnudo femenino, varias esculturas, un tocadiscos junto a una discoteca, tubos de pintura, un mueble-bar en una rinconada, almohadones por el suelo, escabeles de madera junto al hogar de piedra.

Todo esto abarcó Larkin en una mirada circular. Un delicioso desorden. Una mescolanza arbitraria pero que, sin embargo, poseía un efluvio cautivador.

—Bien, veamos qué terrible problema es el que agobia a la hija de nuestro embajador —sonrió Larkin.

—No se ría, Robson —y le tapó la boca con dos dedos, poniendo además compungido. Lo deshizo en seguida, conduciéndolo hasta el butacón colocado frente a la amplia cristalera que daba a la terraza—. Siéntese ahí mientras preparo algo de beber. Mis amistades aseguran que fabrico unos combinados de campeonato. Ahí, en la mesita, encontrará tabaco.

La obedeció. Encendió en silencio un cigarrillo, contemplando con delectación el cuadro tan sugestivo que ofrecía Mildred Ripley vuelta de espaldas a él mientras preparaba los combinados.

—¿Sabe para qué le quiero, Larkin? —Rompió ella el silencio, más sin volverse—. Mañana he de dar una charla en el club femenino de nuestro país. Su antecesor, el señor Perkins, me sacó del atolladero en dos ocasiones. Me preparó los dos discursos. Versaban sobre «Arte Dramático» y «Estudio de la Pintura Flamenca».

Giró de súbito hacia el federal para recoger la cucharilla que acababa de escurrirse de entre sus dedos.

Mildred volvió a coger la horizontal, colocando la cucharilla en el mueble y supliéndola por otra mientras se encaraba al federal con su característica volubilidad.

—¿Está muy fuerte en Historia, Larkin?

—¿En la nuestra o en la Universal? —puntualizó el joven, sonriendo irónicamente.

Apercibióse entonces de que el cigarrillo se le había apagado a causa de la visión anterior y se inclinó para coger el encendedor que dejara sobre la mesita.

Resbaló su zapato en Ja alfombra y perdió el equilibrio. Para no caerse apoyó la mano en el felpudo.

Y entonces, justo entonces, se oyó un estrépito horroroso al saltar en pedazos la cristalera.

Sólo que Larkin Robson oyó algo más que el ruido de los cristales al saltar en minúsculos fragmentos.

Por eso, en vez de quedarse quieto en la alfombra, brincó como un simio y se guareció detrás del butacón donde estuviera sentado segundos antes.

Ningún cristal, que él supiera, desplazaba aquel aire caliente y vertiginoso que acariciara su oreja izquierda. Eso sólo lo producía una bala.

¡Una bala que había buscado su cabeza!

—Larkin, ¿qué ha ocurrido? —gritó Mildred, asombrada.

Dos cosas observó Larkin entonces. Que la joven no se había movido del mueble-bar y que continuaba con la copa en la mano, sin que denotara demasiada alteración.

Andando a gatas y hacia atrás, Larkin llegó a la altura de Mildred, que le miraba, perpleja. Cogió entonces la vertical, convencido de que estaba fuera del alcance del invisible rifle.

—No... no comprendo nada de lo ocurrido —musitó Mildred con acento quebrado—. ¿Quién nos habrá gastado esa pesada broma?

Durante un par de segundos, Larkin observó en silencio a la joven. Un torbellino de ideas rodaba por su mente en alocada carrera, sumiéndolo en un espantoso caos.

Una, sobre todo, gravitaba sobre las demás: ¿por qué Mildred lo sentó precisamente en aquel butacón? ¿Sabía que en la casa fronteriza estaba apostado un rifle con mira telescópica con la exclusiva misión de clavarle una onza de plomo en el corazón?

Clavó su dura, taladrante mirada en la joven, al tiempo que cogía la copa que ella le ofrecía.

—Mildred, ¿quién sabía que vendría a visitarla a esta hora?

—¡Oh, era eso! —exclamó ella con contenida risa—. Yo creí...

Sacudió con un movimiento de cabeza las rubias guedejas que taparan sus ojos y encaró al joven, pensativa:

—Aparte de los amigos de mi pandilla que usted no conoce, por supuesto, se hallaban sus compañeros de la embajada Ted Cumberland, Mandell Foote, Rona y Floyd West. Pero no pensará que ninguno de ellos... —Y miró hacia la destrozada cristalera.

—¿Por qué he de pensar en nadie determinado? —apostilló Larkin, irónico—. Sólo puedo afirmar que un gracioso ha arrojado una piedra contra la cristalera, para asustarme.

Bebió un sorbo del combinado, mirando por encima del cristal el estirado rostro de la joven. Ya ni siquiera se preocupó de resbalar la mirada hacia la desabotonada blusa de Mildred.

—Estoy pensando si no habrá sido alguno de sus admiradores —apuntó suavemente—. Un admirador demasiado celoso, diría yo, que no desea que usted reciba a nadie a solas en su estudio.

—Eso..., eso es absurdo —murmuró la joven con repentino nerviosismo—. No tengo amigos tan salvajes como supone. Le aseguro que...

Dos timbrazos cortos y un tercero más prolongado cortaron en seco a Mildred Ripley.

—Es Floyd West. Quedó en recogerme para llevarme a un concierto.

Y se dirigió hacia la puerta mientras Larkin miraba pensativamente hacia los destrozados cristales esparcidos por el suelo.

VII

HASTA Larkin llegó un cuchicheo apagado, junto a la puerta. Luego oyó los pasos de Mildred y Floyd acercándose en silencio.

El primer secretario avanzó hacia Larkin con un gesto de preocupación en el rostro.

—Mildred acaba de informarme de lo ocurrido. ¿Qué opina usted, Robson?

Se encogió de hombros. ¿Opinar? ¿Valía la pena acaso? Con elucubrar no resolvería nada, por desgracia. Se podían aventurar muchas conjeturas... y no acertar en ninguna. Dijo, por decir algo:

—Insisto en lo de antes, Mildred. Alguno de sus admiradores debe tener la sangre muy caliente. Si me invita otra tarde —sonrió— le rogaré que antes corra las cortinas y se cerciore de que no hay nadie escondido. Si no es así, no me invite, por favor. Las emociones fuertes no son mi fuerte.

Con su tono de chanza logró romper la tensión reinante. Floyd encaró con una sonrisa a Mildred, cuyas mejillas habían vuelto a colorearse.

—Si no te das prisa, llegaremos tarde.

Consultó ella su reloj de brillantes, dibujando sus hociquitos una graciosa mueca.

—Os demostraré que eso de la tardanza de la mujer en arreglarse es un mito inventado por los hombres. En diez minutos estaré dispuesta. Podéis vaciar entretanto el bar, tenéis permiso —rió.

Desapareció como un meteoro en el dormitorio, sin preocuparse de cerrar. Daba por descontado que ninguno de ellos hollaría su cuarto.

Floyd se preparó un *whisky* con soda, echando dos cubitos de

hielo. Cuando disponíase a encarar al silencioso Larkin, se vio cortado por la voz de Mildred:

—Robson, supongo que no habrá olvidado mi petición. Elija el tema que más le guste y envíeme unas cuartillas a casa. Le quedaré muy agradecida.

—Procuraré complacerla.

Mildred demostró que no había lanzado ninguna baladronada al asegurar que en menos de diez minutos estaría vestida.

Sobre su venusino y mórbido cuerpo lucía ahora un traje de cóctel color malva que modelaba todos sus entrantes y salientes con tal justeza que el modelo parecía cosido a la propia piel.

Colocó encima un abrigo de visón y les guiñó, picaresca, al tiempo de engancharse a sus brazos.

—Cuando gusten, caballeros.

Ni una mirada a los cristales rotos. Ni una nueva alusión a lo ocurrido minutos antes. Como si nada hubiese ocurrido. ¡Asombroso!

La contempló Larkin de reojo, pensativo. ¿Estaba ante una inconsciente, o ante una consumada actriz?

Ya en el portal, Floyd espetó a Larkin, sonriente:

—Si quiere, puede acompañarnos. El gerente del teatro es amigo mío y puede facilitarnos una entrada.

Se excusó, alegando tener que preparar la conferencia a Mildred.

Encendió un cigarrillo y esperó a que arrancase el coche de Floyd West. Echó entonces a andar, pensativo.

Tras mucho caminar por la ciudad, sin llegar a ninguna conclusión, detuvo un taxi. Pensó en darle la dirección de su hotel, más sin saber cómo cambió de idea y le indicó la dirección del apartamento de Rona Murphy.

¿Razón? La buscó y no la encontró. Obró de una forma mecánica, instintiva, por un mandato del subconsciente.

Cavilando sobre las extrañas circunstancias que se estaban dando en aquel asunto apenas si advirtió que el taxi se había detenido junto al lujoso «Mercedes» de la pelirroja.

—¿He de esperarle, señor?

Negó con la cabeza al tiempo de abonarle la carrera.

Usó el ascensor hasta la planta quinta. Era un inmueble de lujo, moderno, edificado sobre las ruinas de una fábrica de gaseosas.

Mientras caminaba perezosamente hacia el apartamento de la volcánica Rona Murphy preguntábase de dónde diablos sacaría la pelirroja tanto dinero para mantener aquel tren de vida tan fastuoso.

No llegó a pulsar el timbre de la puerta. No, en aquel momento. Las risas que escuchó dentro del piso, la música que escapábase de forma ruidosa de un tocadiscos puso un repentino freno a su dedo. Rona, por lo visto, tenía visita. Y lo pasaba en grande. Sin tapujos. Dando escape libre a la válvula de su alegría, a su ansia de bestezuela siempre en celo.

Disponíase a girar sobre sus talones cuando la voz alegre y pastosa de Mildred Ripley le dejó clavado en el *parquet*.

—Ha sido una fiesta estupenda, Rona. Habrá que repetirla..., pero en mi estudio. ¿Vamos, queridos?

—Antes tomaremos una copa —propuso Rona, riendo.

Larkin decidió aprovechar aquellos minutos para buscar un lugar donde esconderse y averiguar quién acompañaba a la hija del embajador.

Lo encontró pronto. Al fondo del corto pasillo, junto al amplio ventanal.

Anduvo de puntillas hasta el enorme macetero de flores de plástico colocado allí como exornación y acucillóse de forma que no le descubrieran.

Fue corta su espera. A lo sumo cinco minutos.

Primero vio salir a Mildred. Usaba el mismo vestido con el que acudiera al concierto de música con Floyd West. A continuación lo hizo Mandell Monroe. Por último, el primer secretario de la embajada.

Todos ellos eufóricos, rientes, las mejillas sonrosadas y un brillo extraño en sus pupilas.

Besaron a Rona y se colaron en la caja del ascensor, bromeando.

Rona, en vez de volver al interior de su apartamento, se quedó apoyada en el quicio de la puerta con una burlona sonrisa a flor de labios, mientras sus dedos jugueteaban con un encendedor de oro.

Disponíase Larkin a coger la vertical cuando advirtió que el ascensor volvía a subir, deteniéndose en aquella planta. Vio salir de él a Floyd West sonriendo cínicamente.

Liego junto a Rona y se besaron apasionadamente. Ella se quejó:

—Llevas dos noches sin venir. Procura dejar pronto a esa estúpida de Mildred. Me crispa los nervios cuando la veo a tu lado.

Floyd West pellizcó la barbilla de la pelirroja, sonriente:

—Vendré esta noche, te lo prometo. Y ahora dame el encendedor. Los he dejado en el coche, esperando. No conviene que Mildred recele. Fingí que me olvidé del encendedor para poder despedirme de ti a solas.

Intentó Rona repetir lo del beso. La besó en la nariz, dio media vuelta y volvió al ascensor.

Rona cerró la puerta con una ancha sonrisa en su boca carnosa y húmeda.

¿Visitar a aquella mujer?

Ya no tenía objeto. Con lo que había presenciado tenía suficiente.

¡Suficiente para comprobar que aquel caso se iba embrollando más y más!

Dejó transcurrir unos minutos y abandonó el inmueble, pensativo.

Bailando muchas ideas en su mente.

Incapaz de ver un rayo de luz en aquel oscuro laberinto.

Y maldiciéndose por esto mismo.

Por la prensa supo de la llegada a Pankov de la Comisión gubernamental rusa en la que Klavdia figuraba como intérprete.

La noticia le hizo respingar. Aunque la esperaba, no pudo evitar aquella curiosa vibración en su espina dorsal.

Evocó a la hermosa rusa, y, al hacerlo, advirtió algo que le dejó perplejo: se había olvidado por completo del profesor Karl Ludlow.

La grácil, atractiva figura de Klavdia Gorki era lo único que llenaba sus retinas. Se sobresaltó, ¿significaba aquello que Klavdia Gorki había dejado de ser para él el enlace del

F. B. I.,

para convertirse en algo más humano y sugestivo?

Ahuyentó de un manotazo aquellos pensamientos para concentrarse en las instrucciones recibidas del inspector McKingston relativas a aquel maldito asunto que tantas horas de sueño le estaba quitando.

Porque el problema seguía tan nebuloso como en su principio.

¿Quién era el traidor camuflado dentro de la misma embajada? La interrogante seguía ante sus ojos flotando burlonamente.

Pasó al despacho del embajador con un brillo especial en los ojos. El diplomático intuyó la verdad con sólo mirarle.

—¿Ya, Robson? —preguntó, escueto.

Larkin movió afirmativamente la cabeza. Dijo tan sólo:

—Mañana salgo de viaje.

Tenía acordado con el embajador que su ausencia quedaría enmascarada con un falso viaje a Washington por asuntos oficiales.

Abrió el diplomático su caja fuerte, extrajo de ella un sobre lacrado y se lo entregó en silencio al joven.

—Suerte, Robson —susurró, estrechándole la mano.

Tomó un taxi para dirigirse a su apartamento. Una vez allí echó el cerrojo interior de la puerta y abrió el sobre. Sólo él sabía lo que había dentro: un pasaporte con su fotografía. Al cruzar el muro de la vergüenza se convertiría en Glenn Foxwell, viajante de electrodomésticos. También halló un salvoconducto a este nombre, sellado y signado por un centro gubernamental de Pankov.

Todo falso, pero con el marchamo de la autenticidad. Los laboratorios del

F. B. I.,

sabían hacer las cosas a conciencia.

Al día siguiente, en efecto, cruzó sin dificultad alguna a la zona oriental. Los «vopos» le devolvieron los documentos con una amable sonrisa.

Suspiró, satisfecho, al alejarse del puesto policíaco. Una ligera llovizna caía sobre la ciudad, charolando las calles.

Encendió un cigarrillo, calmoso, y echó a andar mesuradamente. Era perro viejo en aquella clase de servicios para que los nervios le traicionasen. Aprendió a dominarlos, a controlarlos.

Una neblina pegajosa y húmeda desprendíase del Spree, difuminando las fachadas de las casas y los luminosos de los escasos comercios de la solitaria, ancha calle que acababa de embocar al dejar a su espalda la plaza Alexander. Sus sentidos, empero, iban bien alertas.

De súbito, el runruneo de un motor a su espalda le hizo envararse. Era un runruneo semi apagado, como el que produce un coche rodando casi al ralentí.

En su cerebro encendióse repentinamente el disco rojo. Puso en rotación a sus células, buscando con afán la solución adecuada al momento de peligro que vivía.

Lo halló pronto, sonriéndose con dureza.

Con el mismo paso medurado anterior alcanzó un portalón ancho y oscuro que debía pertenecer a una fábrica o almacén, colándose en él como una sombra.

No pasó del portal. Lo que hizo fue abrir suavemente una de las pesadas hojas de la puerta y quedar encajonado entre ella y la pared. Del interior del sombrero extrajo entonces una pistola pequeña y plana, despegando para ello la cinta adhesiva que la sujetaba al forro. La introdujo en el bolsillo de la gabardina.

El apagado runruneo del coche seguía aproximándose. Eso y el chapoteo de la lluvia sobre algún canalón de cinc eran los únicos ruidos que turbaban el silencio opresivo de la calle.

A través de la rendija de la puerta vio cruzar el vehículo. Pasó rozando el bordillo de la acera. Lento, casi renqueante, dando la impresión de que algo fallaba en el motor.

Se relajó casi por ensalmo. ¿No sería que los nervios empezaban a fallarle, sufriendo una psicosis de recelo?

Disponíase a abandonar su providencial refugio cuando una sombra alargada se materializó en la entrada del portal.

Ni siquiera alcanzó a ver la cara del individuo que apareciera ante él como un fantasma brotado del suelo. Vestía una gabardina azulina y se cubría la gruesa cabeza con un sobretodo marrón.

¿De qué color tenía aquel sujeto los ojos? Verdes, de seguro, porque brillaban como los de los gatos.

Se hallaba en el centro de la puerta, como si pretendiera cubrirla con su cuerpo; impidiendo que Larkin saliera del oscuro y ancho portal.

Por espacio de dos segundos se contemplaron en silencio. Mirándose, calibrándose. Estudiándose.

Y, de repente, sucedió lo que el agente federal presintiera desde que oyera el motor de aquel coche a su espalda.

No mediaron palabras.

Ni gritos.

Ni exclamaciones de sorpresa o maldiciones.

Sólo hubo acción.

Una acción violenta, silenciosa, donde se agazapaba la Muerte.

La mano larga y huesuda del individuo había brotado del bolsillo de su gabardina como por ensalmo, empuñando una navaja de resorte.

Presionó un dedo en la empuñadura y se oyó el «clic» apagado que produjo el resorte al abrirse.

La ancha, afilada y puntiaguda hoja de acero mediría unos diez centímetros. Destelló en la oscuridad como uno de esos cohetes verbeneros cuando se rompen en forma de hongo multicolor en la negrura del espacio.

El tipo saltó de súbito hacia Larkin con el brazo extendido, buscando la yugular del joven.

No la encontró por milímetros.

Obró el sujeto con tal rapidez, que cogió al federal desprevenido. Sólo pudo ladear la cabeza hacia su derecha mientras su pie salía disparado de forma instintiva hacia la entrepierna del individuo.

Fue un golpe seco, contundente, que tuvo la virtud de arrugar al fulano como un acordeón al tiempo que un gruñido ronco escapábase de su contraída boca.

¿Darle una nueva oportunidad a aquel asesino? No sería él, desde luego.

Con la mano de canto, al estilo de los judocas, golpeó con terrible fiereza la nuca del Individuo, que cayó despatarrado en el suelo, como res apuntillada.

Simultáneo a su caída, un grito ronco, agónico, brotó de su boca.

Un grito que erizó el vello a Larkin Robson y le hizo brotar un repentino y frío sudor en la frente.

Había oído en distintas ocasiones gritos como el proferido por el hombre que tenía a sus pies, para no saber que sólo los moribundos solían lanzarlos en el umbral de la muerte.

Preso de un súbito temblor le dio la vuelta.

Quedó rígido, inmóvil, al advertir la mirada quieta y fija de aquellos ojos verdes clavados en el techo del portal.

Observó que la hoja de acero le había entrado hasta la vaina en el vientre. Comprendió lo sucedido. El tipo debía llevar la punta de la navaja hacia arriba, clavándosela inconscientemente al caer de bruces al suelo.

Se asomó precavidamente al portal. Al ver la calle solitaria volvió junto al cadáver, registrándolo rápidamente. Desechó la pistola que el sujeto llevaba en la gabardina. Sólo se apropió de su cartera. La guardó en un bolsillo, sin mirarla, y abandonó el oscuro zaguán con elásticos pasos, fundiéndose en la noche.

Vio en la esquina un coche aparcado junto a la acera. Tenía el piloto apagado.

¿Retroceder? ¡Imposible! Tenía los minutos contados.

Siguió avanzando con andar de lobo, pegado a la pared, con el ala del sombrero viciada sobre la frente.

Dedujo que el tipo que le atacara minutos antes debió ir acompañado por algún compinche suyo que se quedó al volante del turismo para darse la del humo una vez le pasaportaran para el otro mundo.

Una dura sonrisa curvó los delgados labios del federal ante la audaz idea que le asaltara en aquel momento.

¿Por qué no se convertía en cazador en vez de pieza propiciatoria?

Extrajo la pistola de la gabardina y, andando de puntillas, llegó hasta el portaequipajes del coche. Iba agazapado, conteniendo incluso la respiración para no delatarse. Precaución inútil, ya que el ruido persistente de la lluvia golpeando la carrocería y el macadán amortiguaba el ruido de sus pasos.

Tendió el oído, ávido, hacia el interior del vehículo. No oyó nada. Lo que se dice nada. Y esto le extrañó. ¿Sería posible que enviaran a su caza a un solo perro perdiguero?

Fue alzando milímetro a milímetro la cabeza hasta alcanzar la ventanilla del retrovisor, lanzando una rápida mirada al interior del oscuro vehículo.

Un profundo, prensado suspiro escapóse de su pecho al comprobar que el coche se hallaba vacío.

Luego volvió a sonreír. De forma torcida. Dura. Mordaz.

¡Conque en tan poco lo estimaban que sólo enviaban a uno de sus sicarios para eliminarle!

«Bien, bien —soliloquéo, divertido—. Veremos lo que opinan cuando descubran ese fiambre».

Se alejó de allí a toda prisa.

Dos manzanas más abajo encontró un taxi libre. Lo detuvo. Le

dio las señas adonde se dirigía y luego encendió un cigarrillo, sonriendo.

El saber que minutos más tarde volvería a ver a Klavdia Gorki había encendido su sangre en un hervor que a él mismo le causó extrañeza.

VIII

LAS palabras, a veces, son un estorbo, algo inútil, sin sentido ni proporción.

Larkin Robson y Klavdia Gorki podían dar fe de este aserto. Porque los dos, al reencontrarse en aquel cuartito coquetón, no despegaron los labios.

Sus bocas semejaban cerraduras herméticas cerradas con invisibles llaves.

Más, ¿hacían falta acaso las palabras? No, en aquel momento. Los ojos eran los que hablaban. Y bien elocuentemente, por cierto.

Había ternura, amor, pasión, en los de ella. Había ternura, amor, pasión, en los de él.

Un mismo fluir de sentimientos en las cuatro pupilas. Idénticos deseos en ambos.

Por eso sobraron las palabras.

Y los dos, en silencio, avanzaron el uno hacia el otro con los brazos abiertos.

Fue un beso largo.

Luego... vinieron las palabras.

Surgieron fluidas, cálidas, canalizadas con bastante dificultad, al atropellarse unas a otras en aquel marathón vertiginoso por querer llegar los primeros a los oídos de él, a los oídos de ella:

—Parecemos dos chiquillos —rió Larkin, demarcando con sus manos el arrebolado rostro de la joven.

En aquellos momentos lo eran. Y no se avergonzaban de serlo. Por lo menos habían olvidado que eran máquinas al servicio de la Ley para convertirse lisa y llanamente en dos criaturas de Dios que sólo pensaban en ellos y en el Amor.

Otro beso, más denso y absorbente si cabe que el anterior, volvió

a unirlos, abstrayéndolos de cuánto les rodeaba para vivir tan sólo el momento presente.

—Por favor, Larkin.

—Llevas razón, cariño, perdóname.

Pinzó suavemente la barbilla de la joven, enlazándola por la cintura.

—¿Tienes algo de beber?

—Desde vodka a *whisky*, pasando por coñac francés —sonrió ella—. ¿Qué deseas?

—Coñac, por favor.

Suspiró resignado. Habían bastado unas palabras convencionales y manidas. «¿Qué quieres tomar?», para que la prosaica realidad volviese a envolverlo en sus mallas, convirtiéndote nuevamente en una pieza insignificante de aquella máquina fabulosa conocida por el

F. B. I.

Sus sentimientos, a partir de aquel momento, quedaron arrinconados en un compartimiento estanco de su cerebro. Y volvió a surgir el hombre frío, inquisitivo, cerebral, con una misión que cumplir.

Klavdia advirtió el cambio sutil operado en el joven. Le alargó la copa de «Martel» con una suave, compresiva sonrisa.

También ella, pasado el arrebato pasional, tornó a ser la mujer consciente y fría que debía anteponer sus sentimientos en aras del deber.

Sentóse junto a él con otra copa de coñac en la mano.

Le miró ella, en silencio. Dio un sorbo a su coñac, dejó la copa en la mesita, cogió el paquete de cigarrillos y encendió uno, pasándolo después a los labios de él. A continuación encendió otro para ella.

—Perdón, debí hacerlo yo —se excusó Larkin.

—La próxima vez que nos veamos te prometo no ponerme min falda, así no te distraerás tanto —rió ella, divertida.

Larkin también rió. Apartó con dificultad la mirada de aquellas tentadoras piernas y clavó las pupilas interrogadoramente en el atractivo rostro de Klavdia.

Comprendió ella que había pasado el turno del amor y suspiró, apenada.

—¿Algún contratiempo hasta llegar aquí, cariño? —inquirió.

—Sólo uno. Un fulano me siguió en coche. Supongo que me vigilaba desde que dejé el tren en la plaza Alexander. Me atacó en una calleja. Luchamos. El fulano, al caer a causa de uno de mis golpes, se clavó su propia navaja. Murió en el acto.

Sacó a continuación la documentación que le arrebatara al cadáver.

—Échale un vistazo por si te dice algo el nombre de ese tipo y su cara.

Las mejillas de Klavdia se tornaron tan blancas como el papel de fumar al clavar su mirada en el carnet que le entregara Larkin. Un repentino temblor agitó sus labios.

—¡Alex Vorloff! —musitó, la voz quebrada—. Trabaja para la M. V. D.

Pertenece al grupo de ejecutores. Mi tío me habló bastante de él. Se quedó mudó por efecto de una operación, en la guerra. Odiaba profundamente a los americanos porque les inculpaba de las muertes de su mujer y de su pequeño de siete años.

Cogió la copa de coñac y la apuró de una sentada, buscando acaso en el licor el antídoto que contrarrestase aquel frío glacial que se apoderara de ella al reconocer al ejecutor de la

M. V. D.

—Eso quiere decir que mi visita era conocida por nuestros enemigos —observó Larkin, pensativo.

Dio una intensa chupada al cigarrillo, la mirada clavada en las volutas de humo que diluíanse en el espacio en caprichosas elipsis.

Un volcán de ideas rodaba en loco torbellino por su frente. Aunque presumióse desde un principio que su agresor no era ningún ladrón, la confirmación por parte de Klavdia de que aquel Alex Vorloff era un miembro de la

M. V. D.,

le produjo un extraño cosquilleo en la nuca.

Aletearon ante sus ojos los nombres de Mandell Monroe, el de Cumberland, el de Floyd West, el de Rona, el de Mildred e incluso el del embajador.

Fue sacado de su momentánea abstracción por la vez pastosa y bien timbrada de Klavdia:

—¿Podría ayudarte en algo, Larkin?

—Me temo que no, de momento. Bueno —carraspeó nervioso—, estoy esperando tus noticias.

Los negros, pasionales ojos de Klavdia Gorki se clavaron con una honda mirada en el estirado rostro del joven. El seno tenía un compás agitado dentro de la blusa, delatando la sobreexcitación en que se hallaba.

De un manotazo apartó sus oscuros pensamientos y encaró al federal con semblante preocupado:

—¿Crees que alguien de tu embajada nos traiciona?

Su voz, tensa y grave, tenía un matiz de preocupación que Larkin captó al vuelo.

—Cuesta trabajo admitirlo, Klavdia, pero así es. Alguien está jugando con dos barajas.

Miró fijamente a la joven. Ella le resistió la mirada sin pestañear. Luego deletreó con firmeza:

—Tu encuentro aquí, conmigo, sólo lo conocen mi tío y tus jefes. Ahora, piensa lo que quieras.

Esta vez quien apuró de golpe su copa de coñac fue Larkin. Luego se pasó la mano por la frente, intentando ahuyentar aquellos pensamientos que seguían acosándole como abejorros negros dentro de su mente.

—Es la primera vez que los nervios me dominan —murmuró, ronca la voz—. Perdóname, Klavdia.

—Otra copa puede serenarte, querido.

Tornó a llenar las copas y a sentarse al lado del federal. De nuevo la minifalda, como tirada por un invisible duendecillo, quedó más arriba.

—¿Quién fue el inventor de esa moda? —Y señaló sonriendo el corto vestido—. Debían condecorarle.

Había roto, con sus frívolas palabras, la tensión reinante. Ella se lo agradeció con una luminosa sonrisa.

—Aún no me has preguntado por el profesor, querido.

—¿Era necesario? —se burló el federal—. Desde que entré aquí su nombre flota sobre nosotros. A propósito, ¿sabes lo que estoy pensando? Voy a proponer a mi gobierno que le levanten una estatua a ese hombre.

En las negras, ardientes pupilas de la joven se pintó un signo de interrogación. Larkin le acarició el pelo.

—No se trataría por su invento, desde luego —rió el joven—, sino por el hecho de que nos hayamos conocido a través de él.

—¡Oh, tonto! —musitó Klavdia, riente. Se inclinó súbitamente sobre el joven y le besó en los labios. Un beso fugaz, meteórico. Luego le espetó—: ¿No crees que existen otras cosas más trascendentales que debatir? El modo de pasar al profesor a la zona occidental, por ejemplo.

—Eso quiere decir que ya tenemos aquí a nuestro hombre —susurró Larkin, admirado.

No pudo frenar su entusiasmo y abrazó a la joven. Ella aprovechó aquel momento para anudar sus brazos en la nuca del federal y corresponder con pasión al beso de él.

—¿Cómo... cómo fue? —inquirió minutos después Larkin, atragantándose.

—Muy sencillo. Disfrizamos al profesor de mujer —sonrió ella—. Un trabajo perfecto de nuestro amigo Fedor. De algo le ha valido su profesión de maquillador y peluquero de señoras. Lo demás fue fácil. Un pasaporte falso. Le acompañaba una chica de nuestro grupo que pasó por sobrina del científico, en viaje de turismo por Alemania.

Larkin separó la mirada de la joven para desviarla hacia el dormitorio.

—Frío, frío —rió ella, divertida—. El profesor está bien escondido en casa de un matrimonio amigo nuestro, que ignora incluso que su huésped es un hombre. El dueño del piso es un amigo íntimo de mi tío. Persona de confianza, como supondrás.

Un brillo de admiración matizóse en las pupilas de Larkin. Estaba convencido de que él no lo habría hecho mejor que aquella valerosa muchacha.

—Entonces este piso... —inquirió.

—Es de una amiguita de mi tío que trabaja en unos almacenes. Cuando llegué ayer con la Comisión gubernamental la llamé por teléfono y le pedí autorización para verme aquí con un amigo mío. Accedió. Me aprecia bastante.

Al observar que Larkin intentaba cortarla le colocó un dedito en los labios:

—No temas, dejé el servicio hace dos horas. Debo estar en el hotel dentro de una hora, para asistir a la cena y al baile que nos

ofrece no recuerdo qué centro docente.

Una mueca de desencanto dibujóse en el rostro del joven.

Klavdia, que lo advirtió, sonrió maliciosamente.

—Será mejor que memorices cuanto voy a decirte y sujetar de una vez tu fantasía. Para el trabajo que te espera necesitas estar con la mente bien despejada.

—Algún día te recordaré estas palabras, Klavdia Gorki —murmuró Larkin, malhumorado.

—Ojalá sea pronto —rió ella, coqueta.

Enserió de súbito el rostro, al mirar su reloj de pulsera.

—Dispongo de poco tiempo, cariño —se lamentó—. Escúchame atentamente, por favor.

Durante diez minutos estuvo hablando sin interrupción. Fue cortada en varias ocasiones por el federal con preguntas concisas que ella aclaraba, con rapidez. Al terminar la exposición de su proyecto, susurró:

—¿Comprendido, cariño?

—«Okay».

—¿Alguna otra observación?

—Una sola: ¿volveremos a vernos?

—¿Es imprescindible? —Un trémolo de ansiedad latía en la pregunta.

—Para Larkin Robson, sí. Para el agente federal Larkin Robson, no, por ahora.

Establecióse un denso y repentino silencio. La lluvia, golpeando los cristales de la ventana, era el único ruido que lo turbaba.

—Nos jugamos mucho en este asunto, Larkin —musitó con acento quebrado—. Pensar en nosotros cuando tantas vidas dependen de nuestros actos no lo veo procedente. Por mi gusto no me marcharía de aquí.

Klavdia se acercó al joven y se aupó sobre la punta de sus zapatos para besarle fugazmente la mejilla.

—Adiós, cariño, y no olvides que un día seré yo quien te recuerde tus propias palabras.

Ya en el umbral se volvió para envolver a Larkin en una cálida y profunda mirada:

—Ya sabes, no salgas de aquí hasta una hora después que yo. Cuando te marches deja la llave debajo del felpudo. Y hasta la vista,

amor.

Todo salió conforme lo planeaban Klavdia y su tío en Moscú.

A la mañana siguiente Larkin acudió a una tienda de antigüedades ubicada en una calleja estrecha y lóbrega. El anciano que se hallaba limpiando el polvo a un jarrón de porcelana levantó la cabeza y lanzó una mirada al joven.

Avanzó con el plumero en la mano, analizando críticamente al federal con sus ojillos vivos y penetrantes.

—¿En qué puedo servirle, señor? —inquirió, suave.

—Me interesaría adquirir media docena de estatuillas mayas. Tengo entendido que usted posee una colección completa de ellas.

—No le han equivocado —sonrió el anciano—. Sígame, por favor.

Era la contraseña convenida entre el anticuario y Klavdia para poner en contacto a Larkin con el anticuario.

Dentro del pequeño cuchitril encristalado que servía al anciano de escritorio se hallaba un tipo delgado con cara de hepático. Parecía muy afeitado escribiendo a máquina una factura. Oscilaría en los cuarenta años y su aspecto era el clásico del amanuense.

—Hans, vigila la tienda mientras yo atiendo a este cliente. Está muy interesado en adquirir las estatuillas mayas.

El hepático lanzó una fugaz mirada al joven y salió de la oficina en silencio. Cogió un plumero y se puso a sacudir el polvo a un bargeño del siglo XIX.

Sacó el anticuario del cajón de su escritorio dos pasaportes y los entregó en silencio a Larkin, que los guardó mecánicamente en su gabardina.

—¿No les echa una mirada, señor Robson?

—No es necesario —sonrió el joven—. Klavdia me ha asegurado que su empleado es algo fabuloso como pendolista.

—Lo es, en efecto —y lanzó una afectuosa mirada al hepático, que simulaba seguir quitando el polvo al mueble, pero sin perder de vista la puerta cristalera y la ventana—. Gracias a Hans hemos podido pasar a muchos amigos al otro lado de la muralla.

Tendió la huesuda y sarmentosa mano al federal:

—Suerte, señor Robson. Salude en mi nombre a la anciana viuda de Von Harnengold y a su nieta Hildegard. Espero que tengan un viaje sin contratiempos.

—También yo lo espero —sonrió Larkin.

Extrajo del bolsillo un rollo abultado de billetes y lo puso en la mano del anticuario, que le miró sorprendido.

—No se trata de pagar ningún favor, compréndalo —murmuró con gravedad—. Klavdia me informó que la tía de su empleado, la señora de Von Harnengold, se encuentra muy delicada de salud al cuidado de su nieta Hildegard. Procure que tenga buenos médicos y medicamentos en el refugio que Klavdia les ha proporcionado por estos días. El favor que nos ha prestado su empleado consintiendo que dos personas usurpen sus personalidades no tiene precio. Cuando se termine ese asunto tendrán noticias mías.

Estrechó con calor la mano del anticuario, que le espetó, sonriendo:

—Esperamos que ese diablillo de Klavdia triunfe de nuevo y que el disfraz del profesor engañe también a los «vopos». En cuanto a la chica que sustituye a Hildegard no hay cuidado. Hans colocó la foto de la joven en el pasaporte, despegando el de su prima. Un trabajo perfecto, puede creerme.

Acompañó a Larkin hasta la puerta. El empleado seguía vigilando la calle desde la ventana. Volvió la cabeza al oír los pasos de su jefe y del federal.

—Gracias por todo, Hans —murmuró Larkin al cruzar frente al hepático, que se limitó a sonreírle.

Media hora después se hallaba dentro de la vivienda-refugio del profesor Ludlow, el cual se hallaba acompañado de una joven algo chatunga y de pelo rubio y rizado. Unas gruesas gafas de miope afeaban un poco su gracioso rostro de carrillos algo mofletudos. Vestía un traje sastre bastante holgado y calzaba unos gruesos zapatos con suela de cristal. Dedujo que así vestiría y catearía la verdadera Hildegard.

En cuanto al profesor, se admiró del sentido del humor del científico al verse disfrazado de anciana. Ludlow acogió con un suspiro de alivio la llegada del federal.

—Esa chica es maravillosa —murmuró, emocionado—. Debía usted hacer algo para sacar a ese tesoro de Rusia.

—Todo se irá, profesor.

La falsa Hildegard se había colocado en la puerta del cuarto para impedir que los dueños de la vivienda pudiesen captar la menor

palabra.

—¿Dispuesto, profesor? —susurró Larkin.

Asintió el anciano con la cabeza.

—Suban al taxi que he dejado en la puerta. Lo demás corre de su cuenta, Hildegard —y miró a la joven.

—«O. K.». ¿No se dice así en su país, señor Robson? —sonrió la joven.

Abandonó Larkin la modesta vivienda con el convencimiento de que el científico quedaba en buenas manos.

Y no se equivocó.

A la hora convenida, Larkin subió al mismo tren que el profesor y su «nieta Hildegard». Situóse en el lado opuesto del vagón. Un sudor frío humedecía todo su cuerpo. Comprendía que el más mínimo fallo daría al traste con todo el andamiaje tan hábilmente urdido.

Por fortuna, el trayecto se realizó sin novedad.

Fue al detenerse el tren en la terminal y pisar el andén de la estación cuando Larkin Robson volvió a sentirse la garganta seca.

Observó los movimientos del profesor y de su falsa nieta, que le antecedian unos pasos. Tanto el científico como la muchacha representaban maravillosamente su papel.

Ludlow caminaba un tanto encorvado, apoyándose en un bastón. Un ridículo y antañón sombrero de finales de siglo cubría parte de su nivea peluca.

La joven le sujetaba del brazo, para evitar que cayese. Al lado de las dos mujeres marchaba un mozo de estación con los dos maletines.

Los «vopos» examinaron sus pasaportes, los sellaron rápidamente y las dejaron cruzar la barrera sin oposición.

Un prensado suspiro escapóse del pecho de Larkin al ver al profesor y a la joven fuera del control policíaco.

De momento no tenía que preocuparse más del profesor y de Hildegard. Tanto el científico como la joven tenían instrucciones concretas de cómo debían comportarse una vez salvaran el control policíaco.

Presentó su pasaporte al policía, que lo selló tras un ligero examen, devolviéndoselo con una amable sonrisa. Larkin le correspondió con otra y abandonó la estación con un suspiro de

alivio.

Subió a un taxi, dándole la dirección de su apartamento. De la «anciana viuda de Von Harnengold» y de su «nieta Hildegard» no vio ni rastro. Aquello no le preocupó gran cosa. Sabía a dónde se dirigieron. Todo en aquella operación estaba milimetrado.

IX

¡FRANK Ludlow liberado! Lo veo... y aún me resisto a creerlo — murmuró el embajador, la voz quebrada por la emoción—. Perdone esta frase tan manida y fuera de lugar —se disculpó—, mas a veces resulta difícil encontrar la frase adecuada que refleje un hecho, una situación.

Succionó, nervioso, en su cigarrillo y contempló entre admirado y respetuoso al agente federal, que permanecía de pie ante la mesa del diplomático.

—¿No se sienta, Robson? —observó Ripley, suave.

—Dispongo de poco tiempo, señor —se excusó—. ¿Llamó ya a la Base Aérea?

—Ya está todo solucionado. Dispondrá usted de un reactor esta misma noche para trasladar en él al profesor.

Se estableció un silencio de segundos. Las frías y severas pupilas del federal claváronse como dardos en las del diplomático.

—Supongo —deletreó con desesperante lentitud— que todo el mundo ignora que el profesor Ludlow se encuentra en estos momentos dentro de este edificio.

En las pupilas del embajador se produjo un leve centelleo. Miró fijamente a Larkin, como si quisiese leerle el pensamiento.

—¿Qué insinúa, Robson? —matizó con repentina frialdad.

—Nada que pueda molestarle, señor Ripley —aseveró el joven—. Ya sabe cuánto se interesa nuestro gobierno por ese hombre. Perdone si he herido su susceptibilidad.

La tensión anterior del diplomático relajóse como por ensalmo.

—Soy yo quien debe pedirle disculpas —sonrió con gesto cansado—. Llevo unos días fatales a causa de los nervios. Hasta que no recibí su llamada anunciándome la llegada del profesor

acompañado de esa chica he vivido con los nervios a flor de piel.

Dio una nueva chupada al cigarrillo, para añadir a continuación:

—Fue un acierto el suyo de escoger la hora del almuerzo para introducir al profesor en la embajada. Cuando comprobé que todo el personal se había marchado envié al conserje por un cartón de cigarrillos. Nadie, por tanto, vio entrar el coche en el jardín. Desde mi despacho abrí la cancela por medio de nuestro servidor electrónico. Luego utilicé el ascensor y bajé al garaje. Conduje al profesor al dormitorio del sótano, como convinimos. La señorita que lo trajo se marchó acto seguido en el mismo coche que utilizaron para venir aquí.

—Un coche que robé una hora antes —sonrió Larkin, cachazudo.

Extrajo el diplomático un llavero de su cajón y se lo alargó al federal, aclarándole:

—No existen duplicados de ella. La más pequeña corresponde a la habitación de nuestro invitado. Ayer me preocupé de surtir la nevera de comida y bebida. Debe estar muy fatigado, porque se quedó dormido en un sillón a los pocos minutos de llegar.

—Lo comprendo —sonrió levemente el joven—. Han sido muchas horas de tensión las que ha sufrido.

Guardó en un bolsillo el llavero, pensativo.

—Volveré más tarde —murmuró, como abstraído—. He de ocuparme ahora de esa muchacha antes de que regrese a la otra zona. El permiso que traía era de horas: acompañar a su abuela y regresar.

Ya cerca de la puerta pareció recordar algo y se volvió en escorzo:

—¿Saben en la embajada que he regresado?

—Por mí no, desde luego —puntualizó el diplomático.

Miró Larkin su reloj y sonrió:

—No hay inconveniente que lo sepan. Dentro de diez minutos aterrizará uno de nuestros reactores procedentes de Nueva York. En él llegará un compañero mío que a cierta distancia puede confundirse conmigo. Él me acompañará en la conducción del profesor. ¡Cosas del

F. B. I.,

señor Ripley! —Y cerró la puerta a su espalda, dejando perplejo al diplomático.

Aquella tarde Larkin Robson estuvo trabajando unas horas en su despacho de la embajada.

Cuando abandonara su despacho ya lo habían hecho la totalidad de los empleados de la misma. Pasó al despacho del embajador, al que encontró despachando la firma que le pasaba su primer secretario.

Sentada descuidadamente en un sillón se hallaba Mildred hojeando una revista de modas. La minifalda dejaba al descubierto sus piernas de forma tal que con cualquier movimiento brusco que hiciera estaba en peligro de descubrir el color del *slip*.

Al oír las pisadas del federal alzó la mirada hacia él, sonriente, y le alargó la mano, sin preocuparse poco ni mucho del panorama que ofrecían sus piernas.

—Apuesto a que no se ha acordado de mí —coqueteó.

—Perdería la puesta —sonrió Larkin.

Extrajo del bolsillo un pequeño estuche, lo abrió y entregó a la joven un encendedor de plata.

—Me parece que terminaré por enamorarme de tu agregado cultural, papá —exclamó la joven, riendo alegremente al tiempo de brincar del sillón—. Es precioso, Robson. ¡Ah, y gracias por aquellas cuartillas que me envió! El acto se suspendió debido a la defunción repentina de un directivo del club.

—Para mí no hay nada, supongo —bromeó Floyd West.

—Se equivoca, Floyd —sonrió Larkin—. Recuerdos de nuestro Secretario de Estado. Está tan contentos de sus servicios, que piensan ascenderlo.

Dejó su portafolios sobre la mesa y encaró al embajador con repentina gravedad:

—Tendrá que disculparme, señor, pero estoy citado con un compañero de estudios con el que he coincidido en el viaje. Ahí —y señaló el portafolios— tiene dispuesta la firma. He conseguido ponerlo todo al día.

—Está disculpado, señor Robson —matizó el diplomático, sonriendo—. Después de un viaje tan largo y de un trabajo como ha tenido esta tarde bien se merece una noche de esparcimiento. Y si mañana no le apetece venir, no lo haga. Le concedo unos días de permiso.

—Gracias, señor, lo tendré en cuenta.

—Le sugiero el restaurante «Baviera» —terció la joven—. Tienen un cocinero francés que es una maravilla. Esta noche iré allí con el señor Monroe, Cumberland y otros amigos. El señor West nos ha invitado.

—Por supuesto, usted también lo está, Robson. Usted y su amigo —puntualizó—. Celebro mi primer quinquenio como secretario.

Larkin declinó la invitación y se marchó acto seguido, pensativo. ¿Por qué no habrían invitado a Rona Murphy?

Llegó a su apartamento, hizo su maleta y pidió un taxi. Ordenó al conductor que se detuviese en una cervecería, donde tomó unas cervezas con unos emparedados. Después hizo varias llamadas telefónicas. Al colgar el audífono sonreía, satisfecho. Todo, hasta la presente, estaba rodándole sobre raíles de seda.

La noche había caído ya sobre Berlín. El parpadeo intermitente y multicolor de las luces de neón abofeteó su rostro al pisar de nuevo la acera. Detuvo el primer taxi que vio libre y le dio la dirección de la embajada.

El conserje, al verle de nuevo, le miró sorprendido.

—¿Se olvidó de algo, señor Robson?

—De terminar unos trabajos, John. Si llama el señor embajador, adviértaselo. No sé cuándo terminaré.

Subió directamente al despacho del embajador. En el llavero que le entregara había un duplicado de la llave. Una vez dentro se dirigió a la puertecilla disimulada junto a la biblioteca y otra de las llaves se encargó de dejarle expedito el camino.

Nunca pudo explicarse por qué en vez de utilizar el ascensor prefirió la escalera de caracol para bajar al sótano. Lo hizo sigilosamente, sintiendo una curiosa vibración en su espina dorsal al llegar junto a la puerta del sótano.

En el momento de introducir el diminuto llavín en la cerradura, un ruido tenue, como un ludir, llegó a sus oídos.

Un escalofrío le penetró hasta la mismísima médula. Porque lo que acababa de oír no era otra cosa que el chirrido de otra llave rodando en la cerradura de la puerta del sótano que se comunicaba con el garaje.

Se quedó mudo, como petrificado, al deducir lo que aquello significaba. ¡Alguien intentaba allanar el sótano para raptar o matar al profesor Ludlow!

El sudor brotó súbito en su frente y en sus manos, sintiendo las palmas de ellas mojadas.

Junto a esto, sus miembros empezaron a entumecerse, pero no hizo ningún movimiento por miedo al ruido. Lo que sí hizo fue inspirar fuerte y seguido, recuperando en fracción de segundos su natural equilibrio.

Y esperó, tenso e inmóvil, junto al panel de madera.

De nuevo captó el ruido de la otra llave rodando suave, lentamente, en la cerradura.

Aprovechó aquel momento para imitar al intruso, dándose tal prisa que cuando oyera el deslizamiento de la otra puerta en sus goznes ya se encontraba en el oscuro sótano.

Entonces lo que captó fueron unos pasos furtivos, como de persona calzada con mocasines o zapatos con suela de crepé, que se alejaban en dirección a la habitación donde descansaba el científico.

De nuevo volvió Larkin a sentir el golpeteo arrítmico de la sangre en las sienes y en los pulsos. Incluso sintió que se le encogía el epigastrio. Comprendió que de no acudir a tiempo su misión quedaría reducida a cenizas.

No se atrevió a usar la linterna ni a dar ah interruptor de la luz. Sospechó que aquel fulano no habría ido solo, que sus esbirros se hallarían en el garaje, vigilando. Liarse a tiros con el tipo significaba que el profesor podía ser alcanzado en el tiroteo, amén del revuelo diplomático que se produciría al descubrirse que el profesor Karl Ludlow se hallaba escondido en la embajada

U. S. A.

Decididamente, no. Debía ser la astucia, no la violencia ni el estruendo, los factores a emplear en aquella lucha solapada y sorda que se avecinaba.

Anduvo de puntillas en la misma dirección del intruso, conteniendo incluso la respiración para no delatarse.

De súbito, una cuchilla de luz se filtró por debajo de la rendija de la puerta del cuarto habilitado como dormitorio del científico y la voz bien modulada del profesor rompió en tono quedo el espeso silencio del sótano.

—¿Es usted, señor Robson?

Larkin bendijo mentalmente el finísimo oído de Ludlow al captar

el leve ruido que produjo el intruso al mover el pomo de la cerradura.

Lo que ya no le produjo ninguna alegría fue que encendiera la luz. Aquello era dar demasiada ventaja al desconocido, que podría acribillarlo impunemente con sólo abrir la puerta.

—¡Apague la luz, profesor y escóndase, rápido! —gritó Larkin.

Ludlow no se hizo repetir la orden. Había reconocido la voz del federal. Apagó de nuevo la luz y, a falta de mejor escondite, se escondió debajo de la cama.

Larkin no se limitó tan sólo a prevenir al científico del peligro. Había localizado ya al fulano gracias a la rendija de la luz, lanzándose en fabuloso plongeón contra el individuo, que ganado por la sorpresa al oír aquella voz a su espalda, continuaba como alelado con la mano cerrada sobre el pomo de la cerradura.

Debido al golpe recibido, la cabeza del sujeto rebotó sordamente contra la puerta, que crujió lastimosamente, dando la impresión de que se había resquebrajado. Un gruñido de dolor brotó de la boca del intruso.

Simultáneo al grito de dolor, Larkin oyó el golpe seco de un objeto pesado al chocar contra el suelo.

«La pistola, seguro» —pensó.

Larkin comprobó segundos más tarde que se las había con un tipo tan duro y correoso como él.

Cuando las manos del federal tantearon en la oscuridad buscando la garganta del fulano, sólo halló el vacío. El sujeto, rodando sobre sí mismo, evitó que el joven volviera a sorprenderle.

Larkin pudo localizarlo por el jadeo. El golpe que el tipo recibiera en la frente debió ser bastante fuerte, dejándolo semiaturdido.

Pese a la intensa oscuridad que les envolvía pudo distinguir a su enemigo, arrodillado frente a él, rastreando afanosamente el suelo con la mano en busca de su pistola.

Pudo sacar la suya y terminar allí mismo con el individuo. No lo hizo. Precisaba vivo a aquel hombre para obligarle a confesar la verdad. Los muertos no suelen aclarar nada, por desgracia.

Al oír la risita queda del sujeto comprendió que acababa de encontrar su arma. Actuó entonces con la misma violencia y rapidez que la vez anterior.

Brincó como un simio hacia el bulto que tenía frente a él. Lo hizo con las manos extendidas para apresarle el cuello. Tampoco lo consiguió, pero sí logró derribarlo nuevamente. El tipo lanzó un rugido de dolor al recibir el cabezazo en el pecho.

Las manos del federal buscaron desesperadamente las del individuo, para evitar que apretase el gatillo. Lo logró, al fin.

Los minutos siguientes fueron angustiosos, decisivos, revestidos de una terrible violencia.

Fue una lucha sorda, tenaz, inmisericorde, donde se puso a prueba no sólo la fuerza hercúlea de los dos hombres, sino su astucia, utilizando ambos toda la gama de suciedades habidas y por haber para alzarse con el triunfo.

Larkin encajó dos rodillazos en el bajo vientre que le hicieron encogerse de dolor y lagrimear, nublándosele incluso la vista. Pero no por ello soltó la muñeca derecha del bandido.

Pudo rehacerse en fracción de segundos y con el puño libre golpeó salvajemente la frente de su enemigo, que aulló de dolor, quedando ligeramente aturdido, momento que aprovechó Larkin para retorcerle implacablemente la muñeca armada hasta lograr que los dedos soltaran la pistola, que volvió a rebotar sordamente en el terrazo.

Antes de que el tipo pudiera rehacerse se apoderó del arma y usándola como maza le golpeó la cabeza de forma contundente.

Un sonido inarticulado escapóse del sujeto al recibir este nuevo golpe cuando empezaba a recuperarse del recibido en la frente. Después se hizo el silencio. Un silencio denso, asfixiante, ominoso.

El súbito relajamiento del hombre que tenía debajo de él le hizo comprender que la lucha había terminado.

Se puso en pie, cansado, sudoroso, restañándose con la mano la sangre que fluía por la comisura de los labios. Aquel demonio pegaba como un peso pesado. Varios de sus golpes le habían reventado los labios y abierto una ceja. También seguía doliéndole el epigastrio. Un difícil enemigo, sin lugar a dudas.

Extrajo su diminuta linterna, enfocando el cono de luz sobre el inerme sujeto.

No le dijo nada aquel rostro anguloso y enérgico, de mentón acusado y nariz achatada. Era la primera vez que veía aquel rostro. Le calculó unos treinta y dos años.

Le registró. Llevaba una buena suma, en la cartera. El nombre que aparecía en su carnet de conducir tampoco, le dijo nada: Adolf Dunving, viajante de comercio.

Convencido de que tardaría un buen rato en volver en sí, golpeó suavemente la puerta del dormitorio del científico. Luego siseó a través del ojo de la cerradura:

—Conjurado el peligro, profesor. Vuelvo dentro de unos minutos. No salga de ahí, por favor.

Quiso convencerse de que aquel sujeto no contaba con colaboradores dentro del garaje.

Empuñó su propia pistola, guardándose la otra, y abrió con todo sigilo la puerta que conducía al garaje.

Antes de abrirla tendió el oído, ávido. No oyó nada a través del panel de madera. Un silencio tan espeso como la miel envolvía el espacioso garaje.

Se sonrió. Una sonrisa dura, pétrea, la suya.

Minutos después comprobaba que en el garaje no se ocultaba nadie. Aquel tipo, por tanto, actuó en solitario. En un rincón encontró una cuerda llena de grasa.

Regresó al sótano a toda prisa. Las precauciones, ahora, estaban de más. ¡Y la hora se le echaba encima!

—Profesor, abra —ordenó, perentorio, golpeando la puerta.

Ludlow debió reconocer Ja voz del joven, porque se apresuró a obedecerle. En su rostro reflejábase aún el susto pasado.

Estrechó con un suspiro de alivio la mano del federal.

—Oí, un ruido de lucha —musitó, atragantándose.

—Ya todo pasó —sonrió el joven—. Tráigame la jarra de agua, por favor.

Se quedó en el dintel de la puerta observando de reojo al desvanecido Adolf Dunving.

—El agua señor Robson.

El joven contempló con una divertida sonrisa al científico.

—Me va a ser difícil reconocerle cuando le vea vestido de hombre, profesor —bromeó.

Ludlow continuaba enfundado en traje de respetable anciana y con su nivea peluca cubriendo sus cabellos.

—Tendría que retocarse esos labios, profesor —volvió a reír el joven.

Pretendía con sus chanzas que el anciano recobrara su perdido equilibrio, olvidando el peligro pasado. Y lo consiguió. En los vivarachos ojillos del científico apareció de súbito una luz chispeante.

—Me comí la pintura debajo de la cama, señor Robson. Y no por hambre precisamente —confesó, riendo.

—Venga, échele un vistazo a ese tipo.

Ludlow, luego de contemplar detenidamente a Adolf Dunving encaró al federal con un movimiento negativo de cabeza:

—Jamás vi a este hombre —afirmó rotundo.

—¿Tampoco le dice nada su nombre de Adolf Dunving?

—Tampoco. Es la primera vez que lo oigo.

—Lo suponía —suspiró Larkin—. Vaya recogiendo sus cosas mientras despierto a este pájaro y le hago varias preguntas. No salga hasta que le llame.

Vertió el agua de la jarra sobre la cabeza de Dunving, consiguiendo su objetivo. El tipo despertó a los pocos minutos al sentir el frío contacto del agua.

Dio la impresión de que se hallaba mareado y con el cerebro nublado..., pero terminó de despabilarse al sentir en su sien el contacto de la pistola.

—Bien, amigo Dunving —matizó el joven con acento helado—, de usted depende que apriete o no el gatillo.

La horrible ferocidad que fulguraba en lo más profundo de los ojos de Larkin hizo estremecer al sujeto, que le miró espantado.

—No... no dispare —chilló, lívido.

Tenía el rostro tumefacto. Los labios partidos. Un ojo amoratado. Al intentar moverse exhaló un quejido de angustia y volvió a su anterior postura, tanteándose el chichón de la frente.

—Eso puede curarse —observó Larkin con dureza—, pero nadie ha sobrevivido con un balazo en los sesos.

Se estableció un silencio. Intenso. Dramático.

Humedeció Dunving con la lengua sus resecos labios, mientras sus grandes manos le temblaban espasmódicamente.

—¿Qué ganaré a cambio de mi información? —Zaceó angustiado.

—Si me dice la verdad, puede que la vida; más no estoy autorizado a ofrecerle.

—De acuerdo, usted gana —suspiró Dunving, sentándose trabajosamente y reclinando la cabeza en la pared.

—Por ahora sólo le haré una pregunta: ¿sabía usted que pertenezco al F. B. I.?

Un gesto de estupor primero, de miedo después, dibujóse en las pupilas del sujeto, cuya barbilla empezó a convulsionarse nerviosamente.

—No, no me advirtieron de nada —balbució trémulo—. Mi amigo Emid Henkel me dio las llaves del garaje y del sótano y me aseguró que no encontraría obstáculos para...

—Ya aclararemos después quién es ese Henkel —le cortó el federal con dureza—. ¿Qué le ordenaron, raptar o mata?

Tragó saliva Dunving ante la inquisitiva mirada del federal y bajó los ojos, asustado ante aquellas pupilas taladrantes que penetraban en su cerebro como afilados cuchillos.

—Debía intentar raptarlo..., pero si oponía resistencia... —Y se cortó, nervioso.

Al mirar el joven su reloj hizo un gesto de contrariedad. Maldijo los minutereros por correr tan aprisa.

—Vuélvase, Dunving —ordenó imperioso—. El resto de la historia; me la contará en el coche.

—¿Dón... dónde me lleva? —inquirió asustado.

—A un lugar seguro, no se preocupe —rió seca, huecamente, produciendo aquella risa un espasmo de terror en el sujeto.

Antes de que pudiera oponer la menor resistencia se vio convertido en un paquete dentro de la cuerda.

—Profesor, cuando quiera —indicó Larkin, asomándose a la puerta.

Cargó sobre su hombro al maniatado Adolf Dunving, el cual contempló, asombrado, a aquella «anciana» estrafularia con su bastón y su neceser en la mano que fumaba un habano como la cosa más natural del mundo.

—Henkel me dijo que era un hombre —balbució Dunving.

—Y no le equivocó, pero éste no es el momento más adecuado para demostrárselo —rió Ludlow, sardónico—. ¿Usted qué opina, Robson?

El verse fuera de peligro la devolvió su sentido del humor.

Larkin le miró divertido.

—Una vez en el reactor no me opongo a esa demostración, profesor.

Ya dentro del garaje, Larkin introdujo a su prisionero en los asientos posteriores del coche del embajador, corriendo las cortinillas.

—Profesor, tendrá usted que conducir hasta la Base. Y dese prisa, vamos apurados de tiempo. Mientras tanto, este amigo y yo vamos a tener un sabroso cambio de impresiones.

X

SI Adolf Dunving no le había mentido, aquél era el chalet de Amil Henkel.

El edificio alzábase a espaldas del parque Waldeck.

Una arruga de preocupación cruzaba la frente de Larkin Robson en el momento de bajar del coche que tomara en la Base Aérea tras dejar allí al profesor Ludlow y al detenido en poder de la Policía Militar estadounidense.

La confesión de Dunving fue demasiado somera y vaga, no aclarándole más que dos cosas: el emplazamiento del chalet y el nombre del dueño.

«—Puede matarme si quiere —exclamó Dunving con mirada patética—. Yo no soy más que un simple peón en este asunto. Hace dos noches, Henkel vino en mi busca y me ofreció una considerable suma si le ayudaba a raptar a ese hombre —señaló al científico, que seguía al volante del coche diplomático—. Acepté su oferta. Otras veces fue Emil quien aceptó las mías. Me facilitó las llaves del garaje de la embajada y las del sótano y me indicó que llevase al profesor a ese chalet, vivo o muerto, aunque mejor vivo, asegurándome que no encontraría dificultades.

»—¿No le dijo para quién trabajaba?

»—Se lo pregunté, pero se salió por la tangente. Lo único que me confesó fue que había dinero en abundancia y que él realizó dos “trabajos” para esa persona que le proporcionaron un buen pellizco. El chalet lo puso a nombre de Henkel.

»—¿Y no le extrañó que le enviara a usted a esta tercera?

»—Claro que me extrañó, pero Amil me dio una razón contundente: temía que usted le hubiese visto cuando le disparara desde una habitación de la legación búlgara. Yo debía llevar al

profesor hasta la verja del chalet y tocar el claxon de una forma convenida. Entonces él saldría de la casa, introduciría el coche en el jardín y me daría el resto de lo ofrecido.

»—Voy a darle un margen de crédito. Si luego compruebo que ha mentido, le volaré la cabeza de un tiro y tiraré su cadáver al Spree».

Todo esto recordaba Larkin Robson mientras avanzaba con elásticos pasos hacia el chalet.

Bien, allí tenía la vivienda. Lujosa. Silenciosa. Con las ventanas cerradas, dando la impresión de que se hallaba deshabitada.

Una tupida enredadera enroscábase lujuriosamente a los barrotes de hierro de la alta verja, cosa que Larkin agradeció interiormente, ya que esto le hacía invisible desde el interior del edificio.

La corta y ancha avenida hallábase solitaria en aquellos momentos. Dobló con rapidez una esquina de la casa y continuó a buen paso hasta alcanzar la parte posterior de la vivienda, comprobando que poseía un parque bastante extenso y arbolado.

Larkin se detuvo al ver que las ramas de un grueso árbol del jardín sobresalían junto a la verja.

Escalar la verja le fue facilísimo. Sus músculos de atleta le respondieron a la perfección.

Llegó sin novedad hasta la casa, cobijándose en la sombra de los arbustos.

Justo en el momento que intentaba abrir la puerta que daba a la terraza sintió un extraño y repentino frío en la nuca.

Un frío glacial, que le heló la sangre, convirtiéndole súbitamente en lo más parecido a una estatua de piedra.

—Haga un solo movimiento y lo achicharro.

La voz sonó junto a su oído. Fría. Cortante como un cuchillo recién amolado.

—Cruce las manos sobre la cabeza y vuélvase lentamente, tipo listo.

De nuevo la voz conminatoria y seca vibró junto a su tímpano izquierdo, pero esta vez envuelta en un tono sarcástico.

Obedeció. ¡Qué remedio! Nadie, con el cañón de una pistola en la nuca, se atrevería a desobedecer una orden.

El de la pistola, al ver al federal, palideció y pareció estirársele

la piel de los pómulos.

—¡Usted! —exclamó, la voz trémula.

Aquel ligero aturdimiento fue su ruina. Porque Larkin Robson lo que esperaba era una oportunidad, y el tipo aquél acababa de servírsela en bandeja de plata.

El asombro, la perplejidad, hizo que el fulano bajara impremeditadamente la mano armada, colocando el cañón de la pistola en dirección al suelo.

La pierna derecha del federal salió disparada como una catapulta en dirección a la muñeca del sujeto. La afilada punta del zapato se estrelló con terrible violencia sobre los dedos del individuo, que aulló de dolor, dejando caer el arma.

El segundo movimiento de Larkin fue tan contundente como el primero.

Al advertir que el sujeto agachábase para recoger la pistola, usó de nuevo la pierna, pero esta vez en dirección a la cabeza del individuo.

Le dio de lleno en la sien derecha.

El tipo salió volteado hacia atrás, rodando los tres escalones de mármol de la terraza, para quedar despatarrado, inerte, sobre la gravilla del paseo.

—¡Has tenido mala suerte, Emil Henkel! —murmuró el federal con voz sorda.

¡Y tan mala! ¡Como que se había convertido en cadáver!

Y no a causa de los dos golpes que le propinara el federal, sino por la fatal coincidencia de que su nuca tropezó violentamente con el filo de un escalón de mármol, abriéndose su cabeza como una calabaza al ser estrellada contra el suelo.

Había reconocido al individuo como Emil Henkel por la pequeña verruga que tenía en el lóbulo izquierdo. Dunving le describió a su compinche, insistiéndole en lo de la verruga para que le identificase sin lugar a dudas.

La muerte de aquel hombre no le produjo ninguna alegría, pese a saber que atentara contra él desde una ventana de la legación búlgara. No descartaba la posibilidad de que Henkel se hallase solo en el chalet. Esto significaba que debía abandonar su investigación para regresar a la Base, poniéndose inmediatamente rumbo a Washington con el profesor y el detenido Adolf Dunving.

Ya se lo advirtió horas antes el inspector McKingston cuando le informara por radio del curso de los acontecimientos:

—Larkin, dispones sólo de dos horas para resolver ese asunto. Es la orden que he recibido del propio Hoover. Particularmente lo siento, muchacho, pero en el Pentágono se estima que la vida del profesor interesa más que vengar la muerte de nuestro compañero Bud Thaxton y que descubrir al traidor camuflado en nuestra embajada. Una vez a salvo el profesor proseguiremos las investigaciones. ¿Entendido, Larkin? ¡Dos horas, ni un minuto más! El jefe de la Base tiene instrucciones al respecto. ¡Suerte, muchacho!

¡Suerte! Se sonrió sarcástico al mirar el cadáver de Emil Henkel.

¿Suerte aquello? ¡Cochina suerte la suya, entonces, ya que tuvo en las manos la solución al problema y un maldito escalón se lo estropeó todo!

Cogió el cadáver por un pie y lo arrastró hasta unos arbustos para que nadie, de estar habitada la casa, pudiese verlo desde las habitaciones superiores.

Volvió a usar la gonzúa, esta vez sin complicaciones, y se vio dentro de una amplia cocina. Sobre una mesa vio una bandeja repleta de «sándwich», unas botellas de licor y dos vasos.

Su cerebro trabajó entonces a marchas forzadas. La conclusión que sacó de su elucubración le hizo sonreír.

Atravesó varias habitaciones con el mismo sigilo que una raposa cuando se acerca a un gallinero. Con la pistola en la mano, por cierto. A las hienas no hay por qué darles un trato beligerante.

Cerca ya del espacioso «*hall*», le llegó el eco de una risa juvenil, fresca y cantarina. Provenía del corredor de la planta alta.

Se pegó a la pared, rápido, ignorando que su silueta quedaba reflejada en la pared opuesta a causa del reflejo de la lámpara.

Captó el ruido de una puerta al abrirse, y a continuación una voz que le era bastante familiar:

—Seguro que encuentro a Emil vaciando por su cuenta la despensa, sin acordarse para nada de nosotros.

No había pisado la joven más que el segundo peldaño de la escalera cuando sus pupilas dilatáronse por el terror al ver la grotesca y amenazadora figura reflejada en la pared frontera a la escalera.

Al estupor siguió un grito agudo, histérico, que rodó por las

paredes del «hall» de forma alucinante. Luego unas palabras atropelladas dictadas por el terror:

—¡Un hombre..., hay un hombre abajo..., en el «hall»..., y empuña una pistola!

Asomó Larkin la cabeza al oír el nervioso taconeo de los zapatos ascendiendo a toda velocidad los escalones.

En aquel momento la figura femenina acababa de doblar el recodo del pasillo como un torbellino, dando la impresión de que la perseguía una jauría de perros rabiosos.

La melena rubia de la mujer semejaba en aquel momento una bandera desplegada al viento.

Durante un par de segundos permaneció Larkin Robson pegado a la pared de la escalera. Tenía los músculos agarrotados y una expresión crispada en su rostro.

Tuvo que inspirar dos veces para recobrar su natural equilibrio, volviendo la sangre a circular por sus venas.

Y se dijo que el Diablo, sólo el Diablo, podía enredar de tal forma las cosas, haciéndolas cada vez más difíciles.

Un silencio cargado de electricidad enseñoreóse del chalet. En algún rincón de la casa un reloj dio los tres cuartos de forma sonora.

Por entre los apretados dientes del agente federal se escapó algo que sonó como una maldición al ver que el reloj también luchaba en su contra.

Estaba preguntándose qué plan seguiría cuando una voz tensa y conminatoria sonó desde la galería, produciéndole un respingo.

—Tire esa pistola lejos de usted, Robson. Tiene un segundo de plazo.

Lo hizo.

Tiró la pistola como si su contacto le quemara y levantó la cabeza, tranquilo, dueño ya de sus nervios.

Se llevó una sorpresa al no encontrar donde esperaba a Floyd West. Greyó que se hallaba a su derecha.

—Esta vez erró, Robson —rió sardónico el primer secretario desde el rellano de la escalera—. ¿O cree que sólo los federales saben usar la cabeza para pensar? Vuélvase para acá con las manos anudadas a la nuca.

Volvió a obedecer. El saber perder es también una virtud.

Y vio a Floyd West. Vestía un batín oscuro anudado a la cintura. El cabello debió alisárselo con los dedos al saltar de la cama. Al mirar los pies del diplomático sonrió:

—Muy astuta su treta de no calzarse, Floyd. Sólo así ha podido sorprenderme, corriéndose al lado contrario sin que le oyese.

—El cerebro se tiene para algo, supongo —y sin transición—: ¿Por dónde entró, Robson?

—Por la cocina. Supuse que su amigo Emil Henkel pondría objeciones a dejarme entrar por la puerta principal. Y acerté. Henkel era un tipo terco, Floyd.

—¿Dice era? —observó Floyd, tensa la voz.

—Eso dije —sonrió Larkin mordaz—. El pobre tuvo la mala ocurrencia de caerse, desnucándose al golpearse con un peldaño de la escalera de la terraza.

—Empujado por usted, claro.

—Algo de eso hubo, Floyd, pero le garantizo que la muerte de ese hombre no me produjo ninguna alegría. Vivo me hubiese resultado más útil.

Establecióse un repentino silencio. Tan denso como dramático, dando la impresión de que el aire habíase congelado. Lo deshizo Larkin en tono inquisitivo y calmoso:

—Como supongo que me quedan pocos minutos de vida, desearía irme al otro mundo sabiendo si Mildred Ripley, independientemente de ser su amante, es también cómplice de sus marranadas.

—Complaceré su curiosidad, Robson —rió el diplomático, pasando por alto el insulto del federal—. Los condenados a muerte tienen derecho a satisfacer su última voluntad siempre que no sea la conmutación de su pena.

Hizo una pausa teatral y contempló al federal con tal expresión de sádico placer en las pupilas que el joven no pudo evitar un estremecimiento.

—Mildred, en la verdadera acepción de la palabra, no es mi cómplice ni lo ha sido nunca. Me ha servido de canalizador en este y otros asuntos sin ella saberlo.

—¿Hipnosis? —aventuró Larkin, trémulo.

—Ha sido algo más sutil y enrevesado, Robson: pentothal sódico o suero de la verdad, como quiera denominarlo.

—No lo comprendo —musitó el joven, desencajado el rostro—. El embajador me aseguró formalmente que su hija no tenía acceso a los secretos oficiales.

—Le engañó, Robson. Ese vejestorio no tiene reservas con su hija. Siente idolatría por ella. Cuando me convencí de ello, desistí de colocar «ojos mágicos» y otros artilugios similares y me dediqué, sencillamente, a conquistar a esa estúpida. Conozco bastante medicina y planeé lo del pentothal sódico. Conseguí mi objetivo en toda regla.

Volvió a silenciarse deliberadamente, como regodeándose ante la faz demudada del agente federal.

Cierto impulso cruel y siniestro le movió al ensañamiento:

—Seguro que usted ignoraba que Mildred es adicta a las drogas desde hace unos seis meses.

—No conozco nada de esa chica —murmuró el joven roncamente—. La aficionó usted, seguro.

—Es posible —sonrió cínicamente el diplomático—, aunque le advierto que esa estúpida hubiese caído igualmente en el vicio. Es una «*snob*», y ya sabe usted lo que esto significa. ¿Qué importa entonces quién le diera el primer empujoncito?

—Es usted más canalla de lo que pensaba, Floyd —masculló el federal, lívido.

—El fin justifica los medios, federal —volvió a reír mordaz el diplomático—. Una frase muy manida, pero que viene como anillo al dedo. ¿No será —añadió reticente— que se ha enamorado de esa perdida?

—¿Por qué la insulta, Floyd? —Olvidó ex profeso su pregunta—. Tengo la impresión de que ordenó a Mildred que se marchase cuando me vio escondido aquí. Por eso se expresa así en su ausencia.

—Ni puede escuchar ni se ha marchado —puntualizó el diplomático, sardónico.

Al observar el rostro desencajado y trémulo del federal al oír sus últimas palabras, estalló en una burlona, hiriente carcajada.

—No sea absurdo, Robson. ¿Conoce usted a nadie que mate sus gallinas de los huevos de oro? Mildred vive. Es un filón que pienso explotar un tiempo indefinido. Está durmiendo como una marmota en nuestro cuarto. Me bastó verter un narcótico en su copa cuando

entró gritando como una histérica en la habitación. Vuelvo a repetirle que esa estúpida es una mina de oro, federal.

—Para usted y para Rona Murphy, claro.

—¡Oh, no, para mí solo! —volvió a reír, sarcástico—. Rona es rica. Ella sólo busca el placer, la compañía del macho. ¿O no ha advertido que esa pelirroja es una erótica? Y, por favor, Robson, no mezcle a Rona en esto tan sucio.

—Sin embargo, me tendió una trampa al llevarme aquella noche a aquel restaurante —observó Larkin quietamente.

—Rona era ajena a todo —le cortó el diplomático con cierta aspereza—. Yo sabía que ella intentaría engatusarle a su apartamento y ordené a Henkel que les siguiese cuando salieron de firmar el contrato de inquilinato de su apartamento. Emil me llamó desde el restaurante. Yo le di las instrucciones precisas y entonces Henkel llamó a su amigo Adolf Dunving para que produjera el cortocircuito mientras él se encargaba de pasaportarle para el otro barrio con un tiro en la cabeza. Y créame que aún no me explico cómo pudo salvarse.

—Pura casualidad, Floyd, puede creerme. Como también fue casualidad que saliera ileso del otro atentado. Me refiero a cuando Henkel me disparó desde una habitación de la Legación búlgara. Una trampa aquella muy bien urdida, lo reconozco. ¿Estaba Mildred en el ajo?

—Le repito que esa imbécil no es culpable de nada. Fui yo quien le propuse que le citara en su apartamento con el pretexto de los apuntes para su discurso. Sabía que el ventanal daba a la Legación búlgara. Introduje entonces a Emil Henkel a la fiesta con una invitación y...

—Falló de nuevo —le cortó Larkin, irónico—. Se diría que tengo un pacto con el diablo.

—¿Usted cree? —rió breve, secamente, Floyd West, dirigiendo el cañón de la pistola al vientre del federal—. Veremos si esta vez el diablo se acuerda de echarle una mano.

—Un momento, Floyd —rogó el joven, tragando saliva—. Sólo una pregunta, y después dispare todo el cargador si le apetece sobre mi cuerpo. ¿Fue usted o el difunto Henkel quien asesinara a mi compañero Bud Thaxton?

—¿Qué importa eso ahora, Robson?

—Simple curiosidad.

—Si eso le satisface... —Y se encogió de hombros—. Teníamos vigilado al teniente Fronding. Sabíamos que siempre se hospedaba en aquella pensión. A través de Mildred me enteré de lo que se proponían. Envié entonces a Henkel a colocar una bomba provista de un aparato de relojería, y el artefacto cumplió maravillosamente, mandando al infierno a su compañero Thaxton, al teniente de los Vopos y a la ramera que le acompañaba. Como verá —rió sardónico—, un trabajo rápido, limpio y eficiente, sin dejar huellas.

—Está usted muy seguro de su impunidad, Floyd. ¿No teme que nadie le delate?

—La única que podría hacerlo es Mildred... Pero le repito que ella está en la inopia de la verdad. Esa idiota me cree el hombre más perfecto del mundo y me ama locamente. La pobre ignora que la heroína que la inyecto es casi agua. Como ignora también que después la inyecto el pentothal sódico, sometiéndola a un intenso interrogatorio respecto a las cosas que me conciernen. La infeliz me cuenta ce por be cuanto le dice su padre. Ni por lo más remoto puede figurarse que soy un traidor y que he amasado ya una buena fortuna con sus informes.

—Entonces fue usted quien ordenó a aquel tipo mudo, Alex Vorloff, que me asesinara cuando pasé a Pankov.

—¿Qué esperaba?, ¿qué le enviase con Vorloff un ramo de flores para darle la bienvenida? —se burló el diplomático. Endureció de súbito el rostro y apostilló, seco—: Bien, ya hemos aclarado todos los puntos que le interesaba. Si lo que esperaba era un descuido mío, olvídelo. Vaciaré el cargador en su cuerpo, como me ha pedido, pero antes le aclararé lo siguiente: ¿sabía usted que desde el momento que pisó nuestra embajada estaba marcado para morir? La

M. V. D.,

decretó que su ejecutor fuese Emil Henkel, y si él fallaba sería yo quien debía enviarlo al infierno.

De improviso soltó una breve, seca carcajada, como divertido por algo que consideró gracioso.

—¿Le convendría un trato, Robson? —exclamó con una torcida sonrisa.

—Expóngalo y sabrá mi respuesta.

—Mi proposición es bien sencilla: su vida a cambio de entregarnos al profesor y al enlace que le ayudó a sacarlo de Moscú.

—¿Es idea suya o de la

M. V. D.?

—retrucó Larkin.

—A partes iguales. Al verle a usted comprendí que Adolf Dunving había fracasado en lo de raptar o matar al profesor, y, lo que era peor, había caído en sus manos. Sólo así se explica su presencia en esta casa.

—Hasta ahora, blanco en todas las dianas —apostilló Larkin—. Veamos la segunda parte de su oferta.

—¿Se refiere a cómo resolvería su situación con la

M. V. D.,

una vez entregara al científico y la dirección de vuestro enlace en Moscú?

—Me maravilla su agudeza, Floyd. En efecto, eso es lo que me interesa saber.

—Nada más sencillo. Fingiríamos su muerte y entraría usted al servicio de la

M. V. D.,

en Moscú. Le acogerían con los brazos abiertos, se lo garantizo. Y tendría un sueldo fabuloso. Como verá, una proposición interesante la mía, ¿eh, Robson?

Y sonreía maligna, astutamente, con los ojos clavados en Larkin, como si quisiera leerle el pensamiento.

En la frente del agente federal se dio un caso curioso. Las venas se hincharon, estirando la sudorosa piel mientras sus ojos resplandecían como los de un animal rabioso, semiocultos entre la profusión de las cejas.

La cólera contenida difícilmente dentro del pecho del joven saltó entonces violenta, incontenible, rompiendo los diques de la contención.

—¡Puerco, cien veces puerco! —Escupió, babeante de rabia.

Floyd West lanzó una maldición y miró al federal, que con la lengua fuera y los ojos extraviados parecía un perro atacado por repentina hidrofobia.

—Estúpido —rugió, lanzando lumbraradas por los ojos—. Todos ustedes piensan lo mismo sobre la integridad, el honor y todas esas

zarandajas. Unos estúpidos todos, eso es lo que son ustedes — repitió, furioso.

Interrumpió bruscamente sus propias palabras. Contempló fríamente a Larkin y deletreó con acento helado:

—Tiene dos segundos para reconsiderar su postura, Robson.

—Pierde el tiempo, Floyd. Empiece a disparar.

—Usted lo ha querido, majadero.

El odio había coloreado las azules pupilas del diplomático. La estoica decisión del joven había roto su equilibrio nervioso.

Una sádica sonrisa curvó entonces los delgados, crueles labios de Floyd West en el momento que su dedo índice empezaba a curvarse peligrosamente sobre el gatillo de la pistola, buscando con esto hacer saltar los nervios del federal.

Larkin continuaba con las manos anudadas en la nuca. Desde un principio comprendió que no tenía escape. El mismo se había metido en la ratonera al quedarse junto a la pared, sin ninguna puerta o ventana por la que poder escapar.

No obstante, ese instinto animal de supervivencia que anida en todo ser humano le empujó a tirarse de cabeza al suelo en el momento justo que la pistola del diplomático escupía la primera onza de plomo.

Sintió una fuerte sacudida en el hombro, como si alguien intentase arrancárselo a cuajo, al tiempo que su cabeza chocaba contra el suelo, quedando ligeramente aturdido.

Dos nuevos estampidos y un aullido infrahumano ensordecieron los tímpanos del agente federal, que se quedó pasmado al comprobar que aquellas otras dos balas no se enterraban en su cuerpo.

De súbito recordó el grito ronco agónico, que se mezclara con las dos detonaciones.

Olvidándose de la sangre que brotaba de su hombro izquierdo se incorporó sobre el derecho con gran trabajo y miró ansiosamente hacia el rellano de la escalera.

Creyó que soñaba, que era víctima de una pesadilla.

¡Floyd West, muerto!

No, no era posible.

Se restregó varias veces los ojos para convencerse de que no sufría ninguna alucinación, que aquel cadáver que yacía sobre el

rellano de la escalera con un feo agujero en la frente era, en efecto, el traidor y maquiavélico Floyd West.

—No sufres ninguna pesadilla, querido —musitó una voz cálida y pastosa a espaldas del federal—. Es Floyd West, en efecto, primer secretario de vuestra embajada.

—¡Klavdia! —exclamó Larkin, atragantándose por la emoción.

Se arrodilló la joven junto al federal, le besó fugazmente en los labios y le ayudó a levantarse sin que la sonrisa desapareciera de sus labios.

—Fallé el primer disparo, pero acerté al segundo —musitó, al tiempo de ayudarle a quitarse la americana—. Pero antes veamos esa herida.

—Olvídate de ella —articuló Larkin, nervioso—. Apenas si me duele ya —pinzó la barbilla de la joven, excitado—. ¿Cómo llegaste tan a tiempo, cómo supiste que estaba aquí?

—Frank Ludlow —repuso Klavdia, escueta, mientras observaba complacida que la bala no había roto hueso alguno.

—Habrá que vendarte el hombro, cariño —observó con suavidad no exenta de firmeza—. Buscaré algo con que hacerlo.

—Maldita sea —gruñó Larkin, irritado—. Deja mi hombro en paz y explícate de una vez.

—Antes, el hombro.

Se puso en pie, subió las escaleras y evitó rozar el cadáver del diplomático, cuya cabeza colgaba grotescamente sobre el primer peldaño mientras el resto del cuerpo yacía cruzado en la galería.

Minutos después bajaba Klavdia con un rodillo de vendas, una botella de alcohol y esparadrapo que encontrara en el cuarto de baño, curando y vendando el hombro del federal en fracción de minutos. Él la miraba con gesto de extrañeza al ver su destreza en vendarle.

—No te extrañes, cariño; tengo el curso de enfermera.

—¿Puedo saber qué asignatura te falta por aprender? —Gruñó Larkin.

—La de casada —rió ella, divertida, mientras volvía a besarle—. Anda, vámonos, tengo el coche fuera.

—De aquí no me muevo hasta que no me expliques de una vez cómo llegaste tan providencialmente.

—Pero si te lo he dicho —volvió a reír Klavdia—. Estaba

intranquila por saber si todo salió como lo planeáramos y me acerqué a vuestra Base. El profesor Ludlow me informó de lo sucedido en la embajada. Conocí entonces a Adolf Dunving dentro del reactor y el tipo se mostró muy amable conmigo. La verdad fue que ni el coronel de la Base ni el profesor se percataron de que obligué a ese sujeto a soltar la lengua por medio de mi pistolita. Me dio la dirección de este chalet y me previno contra su amigo Emil Henkel. Convencí entonces al jefe de la Base para que me facilitase un «jeep»... Y eso es todo. Es decir, eso no es todo —se corrigió—. Cuando llegué aquí, me asomé a una de las ventanas del jardín y vi a Floyd West cómo te disparaba. No quise que ese bastardo matara a mi futuro marido y le pegué un tiro en la frente.

—¿Qué has dicho? —aulló el federal cogiéndola por los hombros.

—He dicho muchas cosas, cariño —y puso cara de inocente—. ¿A cuál de ellas te refieres?

—A..., a la de mi futuro marido —zaceó, nervioso—. Ha sido una broma, supongo.

—¿Por qué una broma, Larkin?

Demarcó seguidamente las mejillas del federal y le susurró, en voz quebrada:

—Yo también he escogido la libertad, cariño. Mi tío ha aprobado mi decisión. He intentado olvidarte, pero no he podido. Al comprender que no podía vivir sin ti, decidí que los de la Comisión gubernamental de mi país se buscasen otra intérprete y fui en tu busca para poner mi porvenir en tus manos. Si soy un estorbo para ti dímelo sin ambages ni rodeos y vuelvo al hotel antes que adviertan mi falta. La Comisión regresa mañana a Moscú. ¿Qué decides, cariño?

La respuesta de Larkin Robson fue demasiado explícita y contundente. Incluyó la cabeza y sus labios buscaron afanosamente los de Klavdia Gorki, que le salieron al encuentro ávidos y trémulos, fundiéndose las dos bocas en un beso succionante.

Larkin apartó súbitamente a la joven y se lanzó como un loco escaleras arriba ante la atónita mirada de Klavdia, que semejó en aquellos momentos una estatua, de tan inmóvil como se quedó.

Minutos después, los negros, inmensos ojos de Klavdia Gorki se abrían como platos al ver bajar al federal con una joven en los

brazos.

—¿Qué..., qué significa esto, Larkin? —demandó, recelosa.

—Sube al dormitorio por las ropas y el bolso de esta muchacha —farfulló el joven— y no tardes, por favor. Procuraré localizar al embajador para que recoja a su hija en la Base.

Al observar la inquisitiva mirada de Klavdia, apostilló, rápido:

—Era la amiga de Floyd, pero es inocente de todo.

Mientras la joven volaba escaleras arriba, Larkin llamó a la Base, anunciando su regreso en compañía de Klavdia. Luego llamó al embajador, localizándolo en su despacho.

—Le espero en la Base dentro de media hora, señor Ripley. Ni un minuto más —recalcó, seco. Y colgó.

Minutos después, Larkin Robson conducía el «jeep» a gran velocidad en dirección a la Base. En la parte posterior del vehículo, Klavdia Gorki se las veía y deseaba para vestir a la inconsciente Mildred Ripley.

El embajador escuchó en silencio el relato de Larkin Robson.

Se hallaban en el despacho del jefe de la base aérea, que les cedió la habitación para que tuviesen aquel cambio de impresiones.

Al terminar el federal su corto relato, una gruesa lágrima rodó por las arrugadas mejillas del diplomático, el cual, en diez minutos, pareció haber envejecido diez años.

—Gracias, Robson, por haber salvado a mi hija —murmuró con acento ronco. Hizo una inspiración profunda para aclararse la voz y añadir, atragantándose—: Hoy mismo pediré la baja en el Cuerpo. No soy digno de seguir ostentando este cargo. Me siento culpable de las muertes de su compañero y de ese pobre teniente Ernest Fronding, Mi hija también precisa una cura de reposo. Nos marcharemos a nuestro rancho de Montana y procuraremos olvidar lo ocurrido.

Puso una de sus nerviosas y arrugadas manos en el hombro del federal y añadió, suplicante:

—¡Prométame que nos visitará, Robson, cuando se case con esa muchacha! Ella es digna de usted.

—¿Quién le ha dicho que pienso casarme con Klavdia Gorki? —musitó el joven, asombrado.

—Sus ojos, Robson, cuando la miran —sonrió por primera vez el

diplomático.

—Tendré que comprarme unas gafas oscuras, por lo que veo — bromeó el federal. Luego, con repentina seriedad—: Sí, es cierto que deseo casarme con ella y por eso me la llevo, pero primero he de conseguir que mis compañeros de Inmigración no le impidan la entrada en el país. Veremos la cara que ponen cuando vean que es rusa y que hasta carece de pasaporte.

—Lo conseguirá, Robson. Usted consigue todo cuanto se propone —remachó el diplomático con firmeza—. Y ahora un abrazo, amigo mío, por cuanto ha hecho y hará por mí y por mi hija silenciando nuestra desgraciada actuación en este asunto. Espero que un día me explique cómo solucionó este detalle.

—Prometido, señor —murmuró Larkin—. Y ya sabe que si prometo una cosa sólo la muerte me impediría cumplirla.

FIN



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

Amaro García, 17 × Madrid-5

10
Ptas.

